This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~NB 75 C. 22~~

Vet. Span III B. 319

LA MADRE DE SAN FERNANDO.

DRAMA HISTÓRICO, ORIGINAL,

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. CAYETANO ROSELL.

MADRID: 1849.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAS.

D.ª Berenguela, *infanta de Castilla.*
D.ª Leonor, *su hermana.*
D. Fernando, *infante de Leon, hijo de doña Berenguela.*
D. Alvaro, *conde de Lara, tutor del rey D. Enrique I y gobernador del reino.*
D. Gonzalo de Lara, *hermano de don Alvaro.*

D. Rodrigo Diaz, *señor de los Cameros.*
D. Alfonso Tellez, *señor de Meneses.*
D. Suero Tellez.
Guillen Perez de Guzman.
Garci-Fernandez de Villamayor.
} *Caballeros del partido de doña Berenguela.*

D. Íñigo de Mendoza.
Gomez Manrique.
Martin Nuñez.
} *Caballeros parciales de D. Alvaro.*

Garci-Lopez Lorenzo.
Un ballestero.
Otro 1.º
Otro 2.º
Un cabo de ballesteros.
Un mandadero.
Un page.
Caballeros, pages, ballesteros, soldados, pueblo, etc.

La accion pasa en el año 1217. Los tres primeros actos en el palacio del Madrigal, poco distante de Palencia: el último en el castillo de Otella.

TAYLOR INSTITUTION UNIVERSITY 1 [illegible] 1979 OXFORD LIBRARY

Este drama es propiedad de los *señores Gullon, Lujan y Franco*, Directores de la Agencia general Hispano-Cubana de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros de 7 de febrero de 1849.

TEATRO ESPAÑOL.

SECRETARIA.

La comision de lectura de este Teatro ha aprobado el drama de V. titulado **LA MADRE DE SAN FERNANDO,** *y el Excmo Sr. Comisario régio lo ha declarado comprendido en el repertorio del Teatro Español.=Dios guarde á V. muchos años. Madrid 21 de setiembre de 1849.=* JUAN DEL PERAL. = Sr. D. Cayetano Rusell.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Madrigal. Puertas á derecha é izquierda del espectador; la primera que se supone de comunicacion con las habitaciones interiores, y la segunda con el resto del edificio. Otra mayor en el fondo, que es la de entrada, y á cada lado de esta una ventana. En medio una mesa de comer, cubierta aun, al rededor de la cual están sentados el conde D. ALVARO *y los demas caballeros, que han celebrado allí un banquete.* GARCI-LOPEZ *de pié. Así que aquellos se levantan, entran unos pages que retiran la mesa. En uno de los lados hay otra con recado de escribir.*

ESCENA PRIMERA.

El conde D. ÁLVARO. D. ÍÑIGO DE MENDOZA. GOMEZ MANRIQUE. MARTIN NUÑEZ. *Otros caballeros.*

ALVARO. Suntuoso el banquete ha sido (*á Mendoza*):
agradecido os estoy.

MENDOZA. En agasajaros hoy,
con lo que debo he cumplido;
que aunque por ley de amistad
deuda el serviros no fuera,
siempre gratitud pidiera
de los Laras la bondad.
Cuarenta años há este dia
que el conde que os engendró
con noble arrojo humilló
de su rey la altanería.
El buen Alfonso se expuso
á aquel desaire por terco,

cuando de Cuenca en el cerco
de nuestras rentas dispuso.
Dijo entre sí: «pechos dobles,
que resiste mucho el moro;
y si el pueblo está sin oro,
que los apronten los nobles.»
Juntose la dócil grey,
y prevaleció el aviso
de que era, sin mas, preciso
ceder al gusto del rey.
Mas vuestro padre don Nuño,
á tal poquedad extraño,
tirando á tierra su escaño,
y con la daga en el puño:
«Cómo! gritó: eso deciden?
pues no han de sacarme á mí
ni un solo maravedí
de los cinco que me piden.
Aquellos de quien venimos
nunca tal pecho rindieron;
porque ellos lo resistieron,
libres nosotros nacimos.
Quien quiera adular en algo
al rey, villano se diga,
y fuera de aquí me siga
quien quiera mostrarse hidalgo.»
No dió lugar á pendencia
tan bien defendido enojo,
pues todos, hasta el mas flojo,
siguieron su resistencia.
Colérico el rey, juró
vengarse con fiero estrago,
mas todo quedó en amago,
y el tributo se olvidó.

ALVARO. Es verdad; y por memoria
de hazaña que tanto aun brilla,
cuantos eran en Castilla
hidalgos de ejecutoria,
al conde y al sucesor
que hubiese, quisieron dar
por cada casa un yantar
en cada un año. Este honor,

sin propio mérito, hoy goza
en vuestra fiel compañía
la humilde persona mía.

MANRIQUE. Pero festejaos Mendoza
por los demas, y no es bien
que á uno solo satisfaga
dicha que á todos halaga.

ALVARO. Cuando apurados estén
de la estrella que hoy nos rige
los pertinaces rigores,
desquitar podreis, señores,
esa pena que os aflige.
Ni yo, aun pareciendo ingrato,
tan franco obsequio admitiera,
al ver que el reino se altera
en turbulento arrebato,
si no tragera el pendon
enarbolado de guerra
con que azotar esa tierra,
asilo de la ambicion.
Hueste sobrada tenemos;
ejemplo mi padre os da;
la lid nos espera ya;
con que marchamos?
(*Varias voces*). Marchemos! (*Levantándose*).

ALVARO. Pues mi celo os acaudilla.

TODOS. Viva don Alvaro!

ALVARO. Yo?
Caballeros, eso no:
vivan Enrique y Castilla!

GARCI-LOP. Conde, amigos, esperad:
la impaciencia es de valientes,
mas la ocasion de prudentes,
y el consejo de la edad:
y no exime del desden
de la suerte la osadia
ni aun al que en su fuerza fia.
Fuerza tuvimos tambien
cuando humillar á mansalva
á los Meneses creimos:
en Montealegre vencimos;
mas qué sucedió en Villalba?

MENDOZA. Casual el desastre fué:
no es fácil que se repita.

GARCI-LOP. Acasos como ese evita
quien con tiempo los prevé.
Si vistiendo infausto luto
los pueblos hoy os reciben,
ó á resistir se aperciben,
¿os prometeis algun fruto?
Doy que lograreis vencer,
que es lo importante del caso:
por último os saldrá al paso
con su llanto una mujer
de la nacion venerada,
y el fin de tantos clamores,
vencidos ó vencedores,
será volveros sin nada.

ALVARO. Cuerda fué la prevencion
con que empezásteis la arenga.
¡Que la audacia no se avenga
con tan rara discrecion!
Mas siendo vos de mi casa,
Garci-Lopez, tan amigo,
qué intentais? ¿no sois testigo
de cuanto en Castilla pasa?

GARCI-LOP. Sí, don Alvaro, y deploro
que por domésticas guerras
expongamos nuestras tierras
á los rebatos del moro;
y que encendidos en saña
de humanos pechos impropia,
vertamos la sangre propia
y perdonemos la extraña.

ALVARO. Basta, basta, que es afrenta
lenguage tal consentiros:
libre sois; podeis partiros
donde la infanta sustenta
falsedades, y no agravios:
si en ella está la razon,
ayudad su pretension,
mas aquí sellad los labios.

GARCI-LOP. Qué pretension?

ALVARO. ¿La ignorais

vos, ni ninguno?

GARCI-LOP. Hasta ahora
sé que en Toledo se ignora,
pues vengo de allí.

ALVARO. ¿Aprobais
que fingiendo Berenguela
virtudes que el mundo admire,
á cobrar de nuevo aspire
el gobierno y la tutela?

GARCI-LOP. Eso pretende?

ALVARO. Eso, sí:
altiva como mujer,
se deja al cabo vencer
de ambicioso frenesí.
Encastillada en Otella,
como una reina en su corte,
lleva en pos larga cohorte
de fanáticos cual ella.
Si alega lo que ordenó
Alfonso octavo, su padre,
para el caso en que su madre
muriese, como murió,
que de su real descendencia,
por ser la mayor, guardara
al niño Enrique, y quedara
del reino con la tenencia;
querellas vanas pronuncia
y apura en balde su afan,
pues contra su anhelo están
los pactos de su renuncia.
Y yo, que tutor nombrado
en cortes del reino soy,
y á mas encargado estoy
del gobierno del Estado,
declaro que por traidores
satisfarán á la ley
la hermana de nuestro rey
y sus viles servidores.

MANRIQUE. Eso me place.

MENDOZA. Y á mí.

VARIOS. Y á todos.

ALVARO. Pues ved si yerra

quien presume que esta guerra
temerario resolví.

GARCI-LOP. Si yerra ó no, lo dirá
públicamente el suceso:
—sobrado hablásteis en eso.

ALVARO. Sobrado? ¿De cuando acá
tal llaneza usais conmigo?

GARCI-LOP. Dejemos discursos vanos.
¿Aprueban vuestros hermanos
ese intento?

ALVARO. Yo me obligo
á ello, y basta.

GARCI-LOP. ¿Cómo, pues,
si el poder de que os gloriais
repartido lo gozais
por igual entre los tres?

ALVARO. Pues aunque en la edad segundo,
no os aqueje tal zozobra,
que aliento en mi pecho sobra
para ser solo en el mundo.
Pero ¿quién os mete á vos,
pobre hidalgo, en tal cuidado?
Os hice señor de estado,
no mi igual; y vive Dios
que si no tenéis la lengua
y alborotais mis enojos,
no han de quedaros ni aun ojos
para llorar vuestra mengua.

GARCI-LOP. La injuria, conde, devuelvo:
vos sois lo que sois por mí,
y si un estado os debí,
cuanto me dísteis os vuelvo.

MANRIQUE. Afuera el villano!

VARIOS. Afuera!

GARCI-LOP. Silencio, señores! —(*Al conde*). Ved
vos eso.... (*Entregándole un pliego*).

ALVARO. De quién?—Traed. (*Lo lee*).

GARCI-LOP. Que pronta réplica espera.

ALVARO. (*Acabando de leer*) Cielos!... Traidor!... ¿Cómo así,
vendiéndote por amigo....
La muerte habrás por castigo:
—sacadle presto de aquí.

GARCI-LOP. Sí, por demas indiscreto
he sido, conde; mas antes
á solas unos instantes
concededme.

ALVARO. Con qué objeto?
¿Qué me dirás que no sea
ruindad, inconstancia, dolo?

GARCI-LOP. Muy mal juzgais á quien solo
salvar vuestro honor desea.

ALVARO. En qué peligro?

GARCI-LOP. Advertid
que aunque esta es junta de amigos,
no debo hablar con testigos.

ALVARO. Ni aun sin ellos; mas venid:
en esta cámara entremos (*la de la derecha.*)
—Caballeros, perdonad....

MENDOZA. A qué fin? Aqui quedad,
que nosotros nos saldremos.

ALVARO. No es justo....

MENDOZA. Quereis que os riña?
—Seguidme, y vereis, señores,
qué espaciosos miradores,
y qué risueña campiña (*Váse seguido de los demas.*)

ESCENA II.

D. ALVARO.—GARCI-LOPEZ.

ALVARO. Hablar podeis ya.—Qué es esto?
Qué enigma se encierra aqui?

GARCI-LOP. Claro no veis su sentido?

ALVARO. No; ni me atrevo á decir
si es realidad lo que leo,
ó si delirio febril
que ciega mi fantasía.
Yo excomulgado? ¿Tan ruin
proceder en don Rodrigo,
primado ejemplar, feliz
antorcha del siglo nuestro,
á quien continuo aplaudí
en paz oráculo sabio,
y en guerra insigne adalid?

GARCI-LOP. Pues si le alabais vos mismo
de sabio, recto, y en fin
de cuantas prendas le ilustran,
qué me resta que decir?
Qué vuestro asombro ocasiona?
¿Á todo el reino no ois
lamentarse de su estado?
«Tened, Garci-López, id,
el buen anciano me dijo,
y tratad de persuadir
al conde de sus errores,
y de que mire por sí.
Su concepto os interesa,
que sois su amigo, y aun diz
que quien le eleyó tan alto,
sin nota de infame ardid.
Opresos gimen los pueblos
en sujecion infeliz;
extrañados muchos nobles;
en abyeccion femenil
el rey; el clero y los templos
expoliados..... el sin fin
de penas que nos agobian
quién bastará á referir?
Su anatema el papa Honorio,
desde el nuevo Sinaí,
fulmina contra el impio.
Doble su altiva cerviz,
y el horror de un entredicho
evite al reino, que así
el Pontífice me ordena
su contumacia abatir;
mas que si las leyes guarda
que en Burgos juró ante mí,
ni el reino entredicho sufra,
ni el conde pena tan vil.»
Esto el prelado me dijo,
y esto os vengo á repetir,
con ruda franqueza es cierto,
mas no con ánimo hostil.

ALVARO. Franquezas usais conmigo
en efecto, de que al fin,

apurada mi paciencia,
os habreis de arrepentir.
Que el vuelo encumbreis no extraño,
pues yo mismo alas os dí;
mas tambien quien las ha dado
cortarlas puede á raiz.
Pérfidos! no se me oculta
que á Berenguela servis,
el arzobispo en Toledo,
y vos echadizo aquí;
mas ya la respuesta oisteis:
pienso el tizon consumir
de todos estos disturbios.
Guerra á la infanta!

GARCI-LOP. ¿Insistis
en tan temeraria empresa?

ALVARO. Insisto y la anhelo, sí,
pues sin cabeza, vosotros
que sois los miembros, moris.

GARCI-LOP. Oh ciega ambicion! ¿Yo sirvo
á Berenguela? Os serví
un tiempo á vos, ignorando
arcanos del porvenir.
Íntegro, fiel, generoso,
digno de un cetro os creí....
mas ¿á qué mover recuerdos....

ALVARO. Injurias mas bien decid,
que esa mujer os sugiere.

GARCI-LOP. Juro, don Alvaro, aquí,
y á Dios por testigo pongo
de mi verdad, que incivil
enemigo he sido suyo
desde que en Burgos la ví.

ALVARO. ¿Cuál objeto os mueve entonces
mis planes á combatir?

GARCI-LOP. Vuestro bien.

ALVARO. En qué consiste?

GARCI-LOP. En no prestar al servil
murmullo de la lisonja
fácil oido. Advertid
que el que guerra os aconseja,
el provecho del botin

codicia, no vuestra gloria.
¿Qué lograis en perseguir
con calumnias, con rigores,
con amenazas de lid
á una señora prudente,
modesta, afable, gentil,
á la ambicion insensible,
virtuosa é infeliz,
que la virtud siempre lleva
el infortunio tras sí?
Dejad tan injusto encono,
y pues efímero al fin
será vuestro imperio, sea
por el recuerdo feliz
de sus bondades, perpétuo.
Con la infanta dirimid
discordias; pedidle ayuda
y aun consejo, que aprendiz
sois en la ciencia del mando,
y en ella os podrá instruir.

ALVARO. No prosigais.—Nunca, nunca
manchará el terso matiz
de mis blasones tal mengua.
Si tanto la perseguí,
por qué en Castilla subsiste?

GARCI-LOP. Pues dónde puede vivir?

ALVARO. En Leon, y de sus arras.

GARCI-LOP. Formal aqueso decis?
Pues ¿no vino divorciada,
bien á su pesar?

ALVARO. Allí
el que fué su esposo vive,
y estado tiene.

GARCI-LOP. Pueril
reparo. ¿No es en Castilla
infanta heredera?

ALVARO. Sí;
mas siendo al par reina viuda,
que tal se puede decir
una reina divorciada,
en celda y trage monjil,
por ley de mas de un concilio,

debe morar y morir.
Y esto baste: retiraos,
y á don Rodrigo decid....

UN PAGE. Señor, vuestro hermano llega.

ALVARO. Quien?

EL PAGE. Don Gonzalo. (*Vase el page*)

ALVARO. (*Ap.* Ay de mí!
Qué podrá ser?) (*á Garci-Lopez*) Idos presto.

GARCI-LOP. Mas qué respondeis?

ALVARO. Decid
al arzobispo que en Roma
no saben si vive aquí
repleto ú hambriento el clero;
que no se haga paladin
de beldades destronadas,
y no se alce contra mí,
porque le aguarda un destierro,
y á vos un dogal.—Ois?
(*Sale Garci-Lopez por el fondo.*)

ESCENA III.

D. GONZALO, *que entra por la izquierda.*—D. ALVARO.

GONZALO. Estamos solos?

ALVARO. Estamos.
¿Abandonas á Palencia
y.... mas alguna ocurrencia....

GONZALO. Horrible!—Ay, Alvaro! Huyamos!

ALVARO. Huir? De quien?

GONZALO. De la suerte
que con rigor nos acosa.

ALVARO. Azorado estás.—Reposa,
y cálmate.

GONZALO. ¡Oh infausta muerte!

ALVARO. Qué! ¿Nuestro hermano quizá
que, cual nosotros, por ley
ocupa el lugar del rey....

GONZALO. No hay rey en Castilla ya!

ALVARO. El juicio has perdido.—¿Acaso....

GONZALO. Salió ayer, como solia,
cuando el sol enrojecía

las torres desde su ocaso.
Hizo su estrella fatal
que el manso viento arreciára,
y del patio no pasara
del palacio episcopal,
donde en juegos infantiles
con sus pages alternando,
iba el tedio desechando
de sus marchitos abriles.
Cayó en esto de repente,
y por causa aun no sabida,
una teja, y honda herida
abrió en su pálida frente.
Veloz acudí, mas vano
fué mi afan; mortal angustia
ví pintada en su faz mustia:
mi lecho, por mas cercano,
le recibió, y triste allí,
anticipando su hora,
cadáver le halló la aurora,
y estátua de hielo á mí.

ALVARO. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)
Gimen!

PAGE. (*Desde dentro*) Señor! (*Saliendo.*)

ALVARO. ¿Hase ido
Garci-Lopez?

PAGE. No lo sé.

ALVARO. Que aguarde, le avisaré,
ó se vuelva si ha partido. (*Se retira el page.*)
(*A Gonzalo.*)
¿Qué dicen en la ciudad
de tan extraño suceso?

GONZALO. Esforzándome, confieso
que mostré serenidad,
y en secreto tan profundo
logré tenerlo hasta ahora,
que, por milagro, lo ignora,
menos Garcés, todo el mundo.
Como solo niños fueron
los testigos del fracaso,
les dige que no era caso
de importancia, y lo creyeron.

ALVARO. Con cautela de hombre ducho
en fingir has procedido.
GONZALO. Triste mérito!
ALVARO. Servido
estoy, y te debo mucho.
A Palencia vamos luego,
y sin que nadie lo note,
antes del alba, de un trote
nos hallamos en Tariego.
GONZALO. Y allí....
ALVARO. Del cuerpo ya inerte
cuidará solo Garcés.
GONZALO. Mas....
ALVARO. Y echémonos despues
en los brazos de la suerte.
GONZALO. No; tan horrible atentado
mi espíritu todo arredra.
ALVARO. Gonzalo, el dichoso medra
á costa del desdichado.
Este mal que hoy acaece
ensancha mi corazon:
lo que solo era ilusion,
vivo á mis ojos se ofrece.
GONZALO. Pero qué intentas?
ALVARO. Probar
si la luz del trono ciega,
cuál la del sol, al que llega
su elevacion á escalar;
que por esto en calma miro
lo que te acongoja á tí:
un rey hace falta aquí,
y á llamarme rey aspiro.
Harto el ímpetu domé
de este altivo pensamiento;
mas hoy que me halaga el viento
hasta el solio volaré.
GONZALO. Insensato! ¿Y la esperanza
que el reino cifrada tiene
en Berenguela?
ALVARO. Previene
ya mi ingenio su mudanza.
¿Tanto la razon abona

á esa funesta mujer,
que debamos ya poner
á sus plantas la corona?
No, Gonzalo: antes que al yugo
de rigorosos extremos,
demos nuestras manos, demos
nuestras vidas al verdugo.
Por dicha tan fiero trance
mi cautela anticipó,
y el triunfo se granjeó
que me prometo que alcance.
Tu cuerda advertencia ignora
que presagiando este caso,
me aventuré á dar un paso
que sirve de mucho ahora.
Eligiendo el mejor sesgo,
al de Leon escribí
que la infanta se halla aquí
en grave, aunque oculto riesgo.
Él, que á despecho el divorcio
llevó con teson prolijo;
y adora en Fernando, el hijo
que quedó de su consorcio;
tratará de complacer
al infante, encaprichado
con que ha de vivir al lado
de aquella que le dió el ser.

GONZALO. Mas tu ilusion no recela
que habiendo otro sucesor
de Enrique....

ALVARO. Sí, Leonor,
la hermana de Berenguela.
Doble diadema á su sien
risueño el hado prepara,
la de reina, y la del ara
nupcial que la ofrece....

GONZALO. Quién?

ALVARO. No hay indócil albedrío
que la beldad no avasalle.
Inútil es que lo calle:
tambien ama el pecho mío.

GONZALO. Cielos!

ALVARO. Amor encendió
llama en él tan venturosa,
que ella logra en ser mi esposa
cuanto en ser su esposo yo.
GONZALO. Infeliz! Qué dices? Tuya
Lëonor?
ALVARO. En qué te ofendo?
Tú demudado? Ah! comprendo....
GONZALO. Primero el cielo destruya
mi existencia! ¿Tal falsía
tu corazon encerraba?
ALVARO. Bien mi sospecha acertaba.
¿Y tal pasion encubria
el tuyo, fingiendo aleve....
Y á ese amor ella responde?
GONZALO. Mudo en mi pecho se esconde,
que este respeto la debe.
ALVARO. Pues para siempre lo olvida.
GONZALO. Eso nunca.
ALVARO. ¿Arriesgarás
un riesgo cierto....
GONZALO. Jamás!
aunque me cueste la vida!
ALVARO. Y aun el honor?
GONZALO. No me infaman
á mí mis hechos.
ALVARO. Adviérte
que del rey viste la muerte:
si regicida te llaman....
GONZALO. Cómo! Monstruo! Tu maldad....
ALVARO. Gente se acerca.—Callemos.
Sal y disponte.—Hablaremos
camino de la ciudad.
GONZALO. (*Ap.*) Qué horror! Y capaz él mismo
será....
ALVARO. Te sigo al instante.
GARCI-LOP. (*Desde adentro por la izquierda*).
Conde, aquí aguardo.
ALVARO. (*Dirigiéndose á su encuentro*). Adelante!
GONZALO. (*Entrándose.* Oh! le ha abortado el abismo!)

ESCENA IV.

GARCI-LOPEZ. D. ALVARO.

ALVARO. Garci-Lopez, de liviana
mi reflexion ha pecado,
porque al cabo bien pensado....
mas esperad á mañana.
A Palencia parto ahora:
la noche pasaré allí.
GARCI-LOP. Y aquí he de aguardaros?
ALVARO. Sí,
que no es tanta la demora.
GARCI-LOP. Como consiga de vos
tornar gozoso á Toledo....
ALVARO. De mis designios no puedo
deciros hoy mas.—Adios.

ESCENA V.

MENDOZA. D. ALVARO. GARCI-LOPEZ.

MENDOZA. Conde, conde, qué es aquesto?
Así de improviso os vais?
ALVARO. Qué os asombra? No temais:
estaré de vuelta presto.
Aquí Garci-Lopez queda,
que es mi amigo, cual lo fué
siempre.
MENDOZA. Nada omitiré
de cuanto en su obsequio ceda.
ALVARO. Siempre halla en vos digno alarde
la nobleza.
MENDOZA. Y la amistad
en vos.
ALVARO. (*A Mendoza.*) Con que adios quedad.
Y silencio! (*A Garci-Lopez aparte*).
GARCI-LOP. Dios os guarde.
(*Vase D. Alvaro por la izquierda*).

ESCENA VI.

MENDOZA. GARCI-LOPEZ.

MENDOZA. Tomad, si gustais, asiento;
y si preferís la amena
vista gozar de estos sitios,
venid á la hermosa vega,
donde árboles, fuentes y auras
murmuran á competencia.
No tiene en su largo curso
el fértil Carrion florestas
que mas el don generoso
de sus aguas agradezcan;
y con razon en Castilla
dice la gente labriega:
«Del Madrigal á la gloria,»
que es paraiso esta tierra.

GARCI-LOP. Es cierto; alabar he oido
muchas veces su excelencia;
mas perdonad, que me encuentro
fatigado.

MENDOZA. Si os deleitan
las tablas, jugar podemos,
que yo acostumbro las siestas,
mano á mano con un page,
matar el tiempo.

GARCI-LOP. Quisiera,
en vez de inútil recreo,
que á solas y con franqueza,
sobre negocios que atañen
á nuestro interes de cerca,
platicásemos.

MENDOZA. Lo propio
anhelo yo, pues sospechas
acá en mis adentros tengo
de que algun mal nos espera.

GARCI-LOP. Y tanto!

MENDOZA. Sí? Qué decís?

GARCI-LOP. Corre borrasca deshecha
el bajel de nuestra suerte.

MENDOZA. Callad, por Dios, que me aterran
vuestras palabras.

GARCI-LOP. Pues callo.

MENDOZA. Ah! no me ocultéis.... Se empeña
sobrado en su propia ruina
quien osa labrar la agena;
bien lo conozco. A la infanta,
en quejarse, si se queja,
sobrada razon la asiste;
mas puesto el asunto en tela
de juicio, quién venceria?

GARCI-LOP. Si á juicio venimos, ella.

MENDOZA. ¿Vos mismo no la inclinásteis
á que dejase las riendas
del Estado?

GARCI-LOP. Era su anhelo
vivir retirada, y era
grande el crédito del conde,
y mucha mi inexperiencia.

MENDOZA. Duro aprieto, Garci-Lopez:
Vuestra venida, la priesa
de don Gonzalo, y á poco
de ambos hermanos la ausencia,
aquel pliego que entregásteis,
todo mi temor aumenta.
Si el ser amigos del conde
y opuestos á Berenguela,
que otra causa haber no puede,
conflictos tales engendra,
ó si algun lazo nos arman,
por San Pedro de Cardeña,
daremos que hablar al mundo:
encaminamos á Otella
nuestros pasos; á la infanta
pedimos perdon....

GARCI-LOP. Qué suena?
Qué rumor?

MENDOZA. Veamos (*Acercándose á la ventana*).
Cielos!
Estoy soñando? No es ella?

ESCENA VII.

MANRIQUE. MENDOZA. GARCI-LOPEZ.

MANRIQUE. Albricias, Mendoza, albricias!
MENDOZA. No me engañé.
MANRIQUE. Ya sin guerra
vencimos; ya en nuestras manos
tenemos á Berenguela.
MENDOZA. Y los demas?
MANRIQUE. Son su hermana
y gente de la nobleza:
Rodrigo de los Cameros,
Suero Tellez, Orbaneja,
con otros aderezados
mas que de viaje, de fiesta.
MENDOZA. Y á qué fin?...
MANRIQUE. Del conde en busca
dice que marcha á Palencia.
MENDOZA. Aun alcance darle puede;
ó avisémosle, que apenas
llegarán los dos hermanos
al estremo de la vega.
MANRIQUE. Asegurémosla aquí,
que teniéndola sujeta....
GARCI-LOP. Eso es mejor.
MENDOZA. En buen hora.
Pues (*á Manrique*) de mi parte ofrecedla
hospedage.—(*A Garci-Lopez*) No os parece?
GARCI-LOP. Es muy justo, y que con muestras
de atencion y de respeto
la recibais.
MANRIQUE. Ya se acerca.

ESCENA VIII.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. D. RODRIGO DIAZ. *Caballeros que acompañan á doña Berenguela.* GARCI-LOPEZ. MENDOZA. MANRIQUE.

MENDOZA. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo para recibirla*).
Entrad, señora, entrad.

BERENG. Siento, Mendoza,
molesta seros, mas al conde busco,
y si aquí ha de venir, dadme licencia....
MENDOZA. Quién la pide al gozar de lo que es suyo?
Presto vendrá don Alvaro, y en tanto
en esa habitacion tendreis seguro
albergue, y aun solaz bajo sus techos
contra el ardor del inclemente julio.
Vos, infanta, tambien, de vuestra madre
como en el nombre en la beldad trasunto,
mi respeto admitid; y estos señores,
cuyo cuidado adivinar presumo,
alojamiento ocuparán cercano.
BERENG. Sois bondadoso por demas.
MENDOZA. Procuro
con mi deber cumplir; y aquí os dejamos,
no pasemos de atentos á importunos.
(*Vánse Mendoza, Garci-Lopez y Manrique por el fondo*).

ESCENA IX.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. RODRIGO DIAZ. *Caballeros.*

RODRIGO. Ciertos, señora, mis presagios eran,
que de esta soledad los fuertes muros
insidioso hospedage prometian.
BERENG. No, Rodrigo, no tal: ¿qué causa pudo
alarmaros así?
RODRIGO. Que lisonjero
con corteses halagos un astuto
su enemistad disfrace, y que las armas
con recato traidor celen los suyos.
BERENG. Quizá se apresten á ignorada empresa.
RODRIGO. No; en sus maldades mi recelo fundo.
BERENG. Placer mostró Mendoza en mi llegada.
RODRIGO. Fuera prudencia demostrar disgusto?
BERENG. Cúmplase en mí la voluntad del cielo!
RODRIGO. Oh! si por fin vuestro primer impulso
realizado se hubiese! El regocijo
de la noble Palencia me figuro,
y el aplauso del pueblo, y humillada

la enemistad del opresor adusto.

BERENG. Aquí por eso preferí quedarme.
¿Quereis que mueva popular tumulto,
y que, como en la infancia de mi padre,
arda en bandos el reino y en disturbios?
Ay! ¡infeliz del que la rienda empuña
por do se rige antojadizo vulgo!
Si blando cede á su violencia, débil;
si modera sus ímpetus, injusto.
Vigor en mí no hallando, remitieron
el freno al conde, corazon robusto
y fuerte brazo, que al principio dones
se reputaron de dichoso anuncio.
Hoy, aplaudida yo, y él infamado,
trocado vemos de la suerte el rumbo.
¿Qué mucho, pues, que su rigor provoque
lo inopinado del desden? ¿Qué mucho
que una rival en mí, y un móvil vea
en mi insana ambicion de su infortunio?
Así, Rodrigo, su rigor no extraño,
y su celosa enemistad disculpo.

RODRIGO. Señora, no; los que la patria anhelan
de una vez redimir, los que importunos
do quier os siguen, precaviendo el riesgo
de que os sujeten á ominoso yugo,
jamas la frente al déspota humillaron,
ni lisonjas para él su lengua tuvo.
¿Vos insensible al general lamento?
¿Vos disculpar su proceder injusto,
vuestro destierro, la rapaz codicia
con que su mano en vuestra herencia puso,
y los despojos de sagrados templos,
y de Castilla la miseria y luto?
Hable su iniquidad: solo á traidores
prodiga su favor; solo, iracundo,
de honores, bienes y sosiego priva
á los que, honrados, con leal impulso
en las últimas cortes defendieron
vuestro interés y dignidad.

BERENG. Profundo
guarda mi gratitud este recuerdo;
mas resistir al conde, fuera orgullo,

fuera crímen en mí, porque aun me deja
gozar en paz de mi postrer refugio.

RODRIGO. ¡Fata! resignacion! ¿No veis, señora,
que eso audacia le infunde, y que sin fruto,
cuando la lid inevitable sea,
opondreis resistencia en vuestros muros?
Escrúpulos dejad: este el momento
es de obrar sin reparos; aquí juntos
teneis los que una vez del falso conde
arrostraron las iras; los que en Burgos,
por defender vuestros derechos, de odios
y atroz persecucion ingrato cúmulo
echaron sobre sí; mas de sus bienes
sobrellevan la pérdida con gusto.
Un pueblo entero á vuestras plantas gime
y os demanda piedad: aliento suyo
es este fuego que en nosotros arde,
volcan que puede consumir un mundo.
Un sí de vuestro labio, una sonrisa,
de gloria y libertad gérmen fecundo
verterá en derredor: lo anhela el pueblo;
clero y nobleza ayudarán al triunfo.
—Los que presentes veis, todos se obligan
por vos á combatir.

CABALLEROS. Todos!

BERENG. Ninguno!
Nadie el acero en mi defensa arriesgue:
yo de Castilla para siempre huyo!

RODRIGO. Vos huir? Imposible!

BERENG. Este secreto
guardado á su pesar mi pecho os tuvo.

RODRIGO. Que os hemos de perder! Jamas!

BERENG. Mi ausencia
en paz os dejará.—Nada aventuro.

RODRIGO. Os cerrarán el paso nuestros brazos.

BERENG. Lo allanarán mis lágrimas.

RODRIGO. Pues duros
aun así nos vereis.—¿Quién vuestra marcha
osará proteger?

BERENG. Quien? Solo uno!
Mi hijo!

RODRIGO. El infante don Fernando! Cielos!

Cuanto mal sospeché cierto descubro.
¿Con eso fin sin duda Giron y Haro
á Toro dios há fueron de oculto?
¡Feliz Leon que en su heredero cifra
presagio tal de su esplendor futuro!
Mas ¡felice tambien será Castilla,
que á despecho de lúgubres augurios,
pidiendo, batallando, á la observancia
de sus leyes atenta y de sus usos,
la hermosa joya guardará en su seno
con que á la suerte enriquecerla plugo!

BERENG. Guarde la lëaltad para sus reyes,
y el ánimo tenaz contra el espurio
habitador de España.

RODRIGO. Lo que os demos
á vos como lëales, en tributo
damos tambien al rey.—En fin, señora,
dejando embarazosos disimulos,
sabed que el cielo vuestros pasos guia.
La ciudad os aguarda: sin tumulto
ni amenazas de lid, forzará al conde
á devolver lo que usurpó, y al punto,
por voto y órden de los tres Estados,
de nuevo cobrareis el cetro augusto.

BERENG. Callad.—¿Ese baldon me reservábais?
¿Eso osais proponerme? ¿Cuando pudo
de mí forjarse tal concepto? ¿Cuándo
vileza tal en Berenguela cupo?
Gloria en mí no llameis lo que es infamia,
ni en vosotros lealtad, sino perjurio.
Id, insensatos, donde aplausos logren
de oficiosos juglares los discursos.
Degenerada estirpe es ya en Castilla
la de sus nobles, turbulento vulgo,
cuanto en las leyes del honor un dia,
en áulicas marañas hoy maduros.
Lejos de mí tal mengua.—Ya al intento
de encaminarme á la ciudad renuncio;
y si por caso vuestros planes medran,
y el conde cede al popular insulto;
si, por la fuerza ó la razon vencida,
al puesto me alzan que tenaz rehuso,

tomaré de vosotros tal venganza,
que he de asombrar con mi rigor al mundo.

(*Dirígese con ademan imperioso á la puerta de la derecha; los caballeros le abren paso con muestras de suspension y de temor, y desaparece rápidamente seguida de doña Leonor.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. (*Retirándose de una de las ventanas del fondo.*)
Ni un leve rumor se siente.
Pasó la noche, y la aurora,
y el sol há mas de una hora
que resplandeció en su oriente.
LEONOR. Te consume la impaciencia.
BERENG. Ver á Enrique solo anhelo,
para dejar este suelo
al punto.
LEONOR. Con tanta urgencia?
Pero qué á partir te obliga?
BERENG. El bien de todos.
LEONOR. ¿De quienes,
si á pesar de tus desdenes,
aun los que mas enemiga
contigo tuvieron antes,
por afecto ú interés

se acercan hoy á tus pies
con pesarosos semblantes?

BERENG. Esos tienen por oficio
negociar bienes agenos,
y luego exigen, al menos
el galardon del servicio.
Al conde llaman ahora
tirano y usurpador:
si no alcanzan mi favor,
seré yo la usurpadora.
Berenguela no acaudilla
odios ni huestes aquí,
no se diga que por mí
su quietud pierde Castilla.

LEONOR. Quién ha de decirlo?

BERENG. Hermana,
me hicieron traicion ayer:
me adulan hoy: puede ser
que me calumnien mañana.
No procedo por encono,
pues tengo por mas ventura
una vida en paz y oscura,
que los cuidados del trono.
—Triste de mí! Estoy hablando
como si próximo ya....
¿Sé si Alfonso accederá
á que venga mi Fernando?

LEONOR. Hasta hoy noticia ninguna
de Giron ni Haro tenemos,
pero....

BERENG. Todos son estremos
en mi enemiga fortuna,
y el brindarme hoy la ambicion
con nuevos halagos, es
indicio para despues
de mayor mal.

LEONOR. Qué ilusion!
¿De que no anteceda aviso
á su partida, proviene
tu temor? ¿No le conviene
mas el llegar de improviso?
Tal vez aumentar desea

con la sorpresa tu gozo.

BERENG. Ay hijo! ¡Con qué alborozo
cuando tu madre te vea
te abrazará! Leonor
¿es verdad que envanecido
con príncipe tan cumplido
no es mucho que esté mi amor?

LEONOR. Aunque en mi voto haya parte
de ceguedad natural,
digo que puede hijo tal
cualquiera madre envidiarte.

BERENG. Irás á Leon gustosa?

LEONOR. Al cabo del mundo fuera,
si siempre al lado estuviera
de hermana tan cariñosa.

BERENG. Mi pupila allí verá
que por su bien me desvelo.

LEONOR. En qué? dime.

BERENG. Pide al cielo
que nos lleve presto allá.
—Te dejo un instante: voy
de los nuestros á saber.

LEONOR. Mucho van á agradecer
tu cuidado.—Adentro estoy.

(*Se entra por la derecha, cerrando la puerta.*)

ESCENA II.

GARCI-LOPEZ. DOÑA BERENGUELA.

(*Entra este por la izquierda á tiempo que doña Berenguela va á salir por el mismo lado y se sorprende al verte.*)

GARCI-LOP. Soy yo.—No temais, señora.

BERENG. Ah! Sois vos!

GARCI-LOP. Al fin os veo;
cumpliose al fin mi deseo:
venga ya la muerte ahora.

BERENG. En mala ocasion llegais.
—A salir iba.

GARCI-LOP. Por Dios!
Esperad! No sabeis vos,

si esta ocasion malograis,
lo que se malogra en ella;
y ya mi suerte bendigo
que hablaros aquí consigo
sin encaminarme á Otella.
Me despreciais! Lo merezco.
Desdichada sois por mí.
Oh! Cuánto me arrepentí!
Y cuánto tambien padezco!
Señora, vuestro quebranto,
no, no troqueis en enojos:
perdon os pido de hinojos (*echándose á sus pies*);
perdon os pide mi llanto!

BERENG. En qué me habeis ofendido?
Llorar por causa tan fútil!
Ah! ¡Si supiérais cuán útil
vuestro consejo me ha sido!
—Yo desprecio?—Gratitud
al veros tan solo siento.

GARCI-LOP. ¿Agradeceis (¡oh portento
de grandeza y de virtud!)
agradeceis que un error
hasta el punto me cegara
de no ver en el de Lara
la asechanza de un traidor?

BERENG. Basta: callad.—¿Vos tambien
sois contra el conde?

GARCI-LOP. ¿Hay quien siga
aquí ya su infame liga
y estime su honra?

BERENG. Sí.

GARCI-LOP. Quién?

BERENG. Yo!

GARCI-LOP. Qué decís? Cuando anhela
Castilla toda que el mando
recobreis, señora, y cuando....

BERENG. Conoceis á Berenguela?
Hija de Castilla yo,
á nadie en amarla cedo:
morir por mi patria puedo;
tornar á regirla, no.

GARCI-LOP. ¿Teneis por empresa vil

lo que otros codician tanto?
Mas ¿y el injusto quebranto
en que gimen pueblos mil?
Intérprete de su afan,
por bien del tirano mismo,
salvadlos del hondo abismo
á que caminando van;
y pues intento vedado
es acabar con el uno,
gobiernen dos de consuno,
el conde, y vos á su lado.

BERENG. No es posible.

GARCI-LOP. Yo sé el modo
de conseguirlo, y en breve.

BERENG. ¿Quién se atreverá....

GARCI-LOP. Quién debe:
las cortes, el reino todo;
porque sabed que me envia
el primado don Rodrigo.

BERENG. De nadie la opinion sigo
cuando es honrada la mia.

GARCI-LOP. Bien: oponed resistencia:
Don Alvaro ha de abdicar
en vos, ó yo he de pagar
mi empeño con la existencia.

BERENG. Se exaspera mi altivez
con propuesta tan indigna.
De demasiado benigna
me culpásteis una vez:
no sé si lo fuera dos;
pero aunque mas me apocara,
firmeza no me faltara,
Garci-Lopez, para vos. (*Vase*).

ESCENA III.

GARCI-LOPEZ.

Rara virtud! Si supiera
que su imprudente heroismo
será la ruina del conde
ú orígen de un entredicho!

Ocultárselo es forzoso:
creyéralo amaño indigno,
y al punto lo impediria,
que medios hay de impedirlo.
Mas ¿quién sabe.... Al fin desciende
de régia sangre, y altivo
corazon late en su pecho....
Si enojo fingió conmigo....
Mas ¿cabe ficcion en ella?
¿Puedo yo serle bien quisto?
Sus palabras, su sonrisa
de encono mal reprimido
señales eran.... Qué importa?
Aun esperanzas abrigo.
—Pero hele aquí: si él me ayuda
con doble razon confio.

ESCENA IV.

D. ALVARO.—GARCI-LOPEZ.

ALVARO. ¿Dónde está, dónde? (*Reparando en Garci-Lopez.*)
—Ah! qué veo!

GARCI-LOP. Qué os sorprende?

ALVARO. (*Con ironia.*) Si permiso
dais para hablar á la infanta....

GARCI-LOP. No tengo en su casa oficio,
bien lo sabeis; mas há poco
por esa parte ha salido.

ALVARO. ¡Qué celo en seguir sus pasos!
¡Qué semblante tan contrito
mostrais! Deudor soy sin duda
al ingenio peregrino,
á la bondad envidiable
que juntar el cielo quiso
en tan prudente señora
del candor que en vos admiro.
La estoy oyendo: «¡Dios santo,
Dios de piedad! habrá dicho:
acato como hija docil
los mandatos pontificios,
mas censura tan severa

contra pueblo tan sumiso!»

GARCI-LOP. Sazon no és esta de burlas,
Lo que al partir ofrecido
me dejásteis, hoy reclamo.

ALVARO. Responderé al arzobispo:
qué mas quereis?

GARCI-LOP. La respuesta.

ALVARO. Prometo darósla hoy mismo.
Acreedor sois exigente.

GARCI-LOP. Debo serlo.

ALVARO. ¿Y si indeciso
dudase aun....

GARCI-LOP. Imposible.

ALVARO. Porqué?

GARCI-LOP. Porque en este sitio
estais vos, y vuestro hermano,
y todos vuestros amigos
por una parte, y por otra
la contraria; estais de aviso
sobre lo que hacer conviene:
hay otorgantes, testigos....

ALVARO. Pues, decid ¿es testamento?

GARCI-LOP. Puede bien ser codicilo.

ALVARO. Confieso que diestro sois,
y que está todo previsto;
mas ved que si errais en algo
por ignorancia ó descuido....

GARCI-LOP. No será mi primer yerro.

ALVARO. Pero sí el postrero.

GARCI-LOP. Os brindo
con la paz; si vos....

ALVARO. Veamos
qué debo hacer.

GARCI-LOP. ¿Es preciso
renovar la conferencia
que á solas ayer tuvimos,
y que os ruegue yo acepteis
lo que os importa á vos mismo?

ALVARO. No, pero en términos claros
los pactos decidme.

GARCI-LOP. Digo
que la tutela cedais

á Berenguela.—Admitido?

ALVARO. Proseguid.—Despues veremos.

GARCI-LOP. Que el gobierno sea exclusivo
de vos solo.

ALVARO. Hay mas?

GARCI-LOP. Y vuelvan
á sus señores antiguos
los bienes hoy confiscados,
á la iglesia sus dominios,
y á cada cual sus derechos
y honores y beneficios.

ALVARO. Con lo que al punto encumbrados
de nuevo mis enemigos,
y ella, sin querer, gozando
con el rey de predominio,
y auxiliada por los suyos,
me agradecerá el servicio
con un destierro.... verdad?
Qué poco habeis aprendido!

GARCI-LOP. Exigid seguridades,
si eso temeis.

ALVARO. Ya imagino
que las darán.

GARCI-LOP. A la infanta
hablad sino, y convencido
quedareis de que el cuidado
que demuestro es solo mio.
Ni aun la tutela ambiciona.

ALVARO. Por eso como un prodigio
la adoran todos.—En suma,
á hablarla me determino.

GARCI-LOP. Bien: como logreis vencer
su resistencia....

ALVARO. Confio
que he de lograrlo. Id con Dios,
que al fin seremos amigos. (*Con intencion.*)

(*Váse Garci-Lopez por el fondo. D. Alvaro se acerca á la mesa, escribe un papel, imprime en él un sello que lleva guardado y se lo mete en el pecho.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR, *que sale por la derecha, y retrocede al ver á D. Alvaro, dando un grito de sorpresa.*—D. ALVARO.

LEONOR. Ah!
ALVARÓ. ¿Quién.... Leonor! (¿Me ofusca
mi deseo?) Huis de mí?
LEONOR. Perdonad.... Mi hermana aquí
quedó, y cuidadosa....
ALVARO. ¿En busca
íbais de su afecto?
LEONOR. Si.
ALVARO. Pues aunque tan mal remplace
al que siempre hallais en ella,
y aunque en mí el contento aplace
de verla, me satisface
este acaso de mi estrella.
Permitidme que cortés
os trate (*Acercando una silla*). Asiento tomad
en tanto que os hablo.
LEONOR. Hablad;
mas si solo atencion es....
ALVARO. Es asunto de entidad.
Decidme: cuando á la mente
se agolpan de vuestra hermana
tras su infortunio presente
los temores de mañana,
¿qué dice de mí, qué siente?
Perdió el supremo esplendor,
y al verse tan abatida
¿no es cierto, hermosa Leonor,
que maldice en mí al autor
de las penas de su vida?
LEONOR. No, don Alvaro: devora
en silencio su amargura;
mundanas quejas ignora;
si acaso una ofensa llora,
del ofensor no se cura.
Y con ser la sin razon
de sus contrarios tan clara,
porque de vil ambicion

no la acusen, se prepara
á perpétua expatriacion.

ALVARO. No sabeis con qué alegría
oigo de vos tal disculpa,
porque en efecto sentia
que creyese culpa mia
lo que es de los otros culpa;
pues ver no puedo sin tedio,
de su inocencia testigo,
que todo el bando enemigo
me empeñe, al buscar remedio
contra un mal, en su castigo.
Esto os confieso en descargo
de mi rigor; sin embargo,
que ha de cesar no dudeis,
y de hacerlo así me encargo
con tal que vos me ayudeis.

LEONOR. Yo? Os burlais?

ALVARO. Si os dijera
que de vos el reino espera
la paz hasta hoy malograda,
¿qué me respondiérais?

LEONOR. Nada;
que eso es, conde, una quimera.

ALVARO. Y si os hiciese saber
que un hombre por vos suspira,
gozando en su padecer,
¿replicareis que delira?

LEONOR. No, que eso bien puede ser.

ALVARO. Pues salga del corazon
secreto tan encerrado;
y si ofende su pasion,
sincérele de lo osado
lo noble de su intencion.
Timbre régio os dió la cuna,
pero á esta empresa no daña,
que en blasones y fortuna,
á mi familia, ninguna
hay que aventaje en España.
Mi casa, que hoy ambiciona
el honor de alzarse igual
al brillo de la corona,

soberana es en Narbona,
y en Castilla principal.
Señora, unidas las dos
con lazo de estrecha alianza,
para siempre se afianza
el bien de todos. En vos
cifrada ved la esperanza
de que antes árbitra os hice,
la de una hermana infelice,
la de un hombre que os adora,
y en fin la de un reino.—Ahora
la incrédula ¿qué me dice?

LEONOR. Mi labio el recato sella.
Ese celo cortesano
que mi respeto atropella
¿no sabe que no hay doncella
aquí que mande en su mano?
Tutora tengo, señor,
que lleva de hermana el nombre,
mas su maternal amor,
si esposo me da en un hombre,
será en quien me esté mejor.
Con ella de esto tratad,
que su prudencia y bondad,
como fuere empeño justo,
no torcerán vuestro gusto,
y menos mi voluntad.

ALVARO. Pues bien: prevenid su agrado
en mi favor.

LEONOR. Yo?

ALVARO. Sí, que es
vuestro poder extremado,
y el logro así anticipado,
vendré á ofrecerme á sus pies (*Váse*).

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR.

Cielos! Deliro? Jamas
lo sospeché.—Con que, al cabo,
corazon que has sido esclavo

del deber, feliz serás!
¿Qué mas anhelas, qué mas?
Tambien en Gonzalo muda
fué la pasion, pues ¿quién duda
que el que así me adora es él?
Oh! no es el conde cruel,
pues hoy á mi amor ayuda.
Mas si mi hermana condena....
No; no es posible: ella gana
tambien.... Oh! luzca mañana
del bien la aurora serena!
Yo quebranto la cadena
que ligaba á una nacion:
íris de paz y de union
me aclamará el pueblo entero;
cuanto era imposible espero....
¿Qué mas quieres, corazon?

ESCENA VII.

DOÑA BERENGUELA.—DOÑA LEONOR.

BERENG. Ay! Eres tú!
LEONOR. Sí: cercano
tu acento escuchar creí....
BERENG. Y don Alvaro?
LEONOR. De aquí
salió hace un momento.
BERENG. En vano
he discurrido.... Voy pues
á encontrarle.
LEONOR. A quién? Espera,
que mal en tí pareciera....
BERENG. Antes no, hermana. ¿Quién es
el que aquí viene á rogar,
él ó yo?
LEONOR. De tu destino
ya eres árbitra, que él vino
tu proteccion á implorar.
BERENG. Tan desvalido está el conde?
LEONOR. Tan conciliador se muestra.

BERENG. Está ya de parte nuestra?
Qué dice?
LEONOR. Ay de mí!
BERENG. Responde:
qué intenta?
LEONOR. A pedir se allana....
mas ¿cómo te lo diré
sin rubor? La mano de....
BERENG. De quién, Leonor?
LEONOR. De tu hermana.
BERENG. Desventurada! Qué has dicho?
Esa avenencia propone?
LEONOR. Si á tu decoro se opone....
BERENG. O es asechanza, ó capricho
con que ofuscarte pretende,
que ¿cómo sin precision
ha de ahuyentar la ilusion
que en él el poder enciende?
LEONOR. Pues qué hay en eso de extraño?
BERENG. Hay que por diversos modos
me aborrecen aquí todos,
conjurándose en mi daño.
Ah! ¿Tú tambien me abandonas?
¿Y tu reciente promesa?
¿Es esa, Leonor, es esa
la aficion de que blasonas?
Hijo mio! Solo en tí
firmeza de amor sincero,
solo en tí encontrar espero!
LEONOR. ¿Adonde tu frenesí,
hermana, te lleva, adonde?
BERENG. Tú esposa suya!
LEONOR. Ya no.
—Perdone Gonzalo: yo....
BERENG. Gonzalo dices, ó el conde?
LEONOR. Pues no escuchaste?
BERENG. Sí; acaba.
LEONOR. Por él no hubiera.... y es llano
que audaz pretendió mi mano
porque de Gonzalo hablaba.
Que duro, añadió, contigo
procede, aunque harto le aflige,

porque así el furor lo exige
de todo el bando enemigo;
mas que el enlace propuesto
entre ambas casas, ahuyenta
la discordia, y amedrenta
el espíritu funesto
de venganza y rebelion,
restaurando tu fortuna,
los blasones de su cuna
y la paz de la nacion.

BERENG. Mas con eso ¿qué averiguo?
Que él puede amarte....

LEONOR. Quién? Él?
No! solo amante es aquel
cuyo amor es mas antiguo.

BERENG. Y Gonzalo....

LEONOR. Sí! Oh desdicha!
Qué efímero fué mi gozo!

BERENG. Háblame ya sin rebozo,
que antes que todo es tu dicha.

LEONOR. Pues oye.—Alegre, gentil,
domando un brioso overo,
salió al campo un caballero
cierta mañana de abril.
Del Pisuerga hácia la puente,
por Val de Olid conocida,
torció la espumosa brida
por bañarle en su corriente.
Tras las verdes enramadas
que un remanso y otro cria,
unas doncellas habia
en hilar embelesadas.
Ni el rumor mas leve oyó
hasta llegar á la alberca,
pero al sentirlas tan cerca,
el caballo se asombró;
y aunque era diestro el ginete
y al punto detuvo el trote,
no pudo evitar un bote
en que se le fué el birrete.
Acudió con modo urbano
la doncella principal;

cogió la prenda fatal,
y se la puso en la mano.
Hubo cumplidos, que enojos
suelen dar, y se miraron,
y largo espacio se hablaron
con las lenguas de los ojos.
El se tornó pensativo;
ella quedó sin ventura,
y de aquel encuentro aun dura
recuerdo en sus pechos vivo.
Ya ves que aunque no señalo
sus nombres, es cosa llana....

BERENG. Que la doncella es mi hermana.

LEONOR. Y el caballero Gonzalo.

BERENG. Y despues?

LEONOR. Siguen su estrella
cada cual al otro fiel,
pagando en suspiros él
lo que hurta en miradas ella.

BERENG. Mas qué promesa...?

LEONOR. Ninguna,
ninguna, que silenciosa
dentro del alma reposa
esta llama, y la fortuna
á tan misterioso amor
hoy elevaba un trofeo!

BERENG. ¿No ves, incauta, el empleo
que te guarda un seductor...!

ESCENA VIII.

D. ALVARO.—DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

ALVARO. A vueltas del placer que siento en veros,
doblemente gustoso por tardío,
tentaciones me dan de reprenderos.
—¿Qué causa os mueve ahora
á poner con los soles del estío
en riesgo tal vuestra salud, señora?

BERÉNG. Mi salud! ¡Qué inhumana
lisonja, conde! Si abreviar mañana
con su postrer quebranto

quisiera el cielo la existencia mia,
¿quién de mi tumba iria
á humedecer la losa con su llanto?
Del tálamo proscrita
que la fé conyugal recompensaba;
el hijo que á mi seno alimentaba
usurpado á mi amor, con inaudita
fiereza; padres, esperanza, halago
de una ilusion funesta,
ya todo lo perdí: solo me resta
un consuelo, don Alvaro.

ALVARO. A tan vago
modo de discurrir no hallo respuesta.
Señora, yo con obediente celo
cuanto os plugo exigir siempre he cumplido:
servir al rey y á vos fué mi desvelo.
Enojosa y amarga
reputabais del reino la tenencia;
echásteis sobre mí tan dura carga;
y aun la llevan mis hombros con paciencia.
Del árido fastidio
de la corte os libré por vuestro gusto;
yo propio entonces me culpé de injusto,
y hoy vuestra dulce libertad envidio.
Si al fisco agrego vuestra pingüe hacienda,
tiempo vendrá que mi intencion abone:
la penuria del reino nos impone
á vos, á mí y á todos esta ofrenda.
Qué mas de mí exigís? ¿Será que yerro
cuanto hicísteis juzgueis, mi afecto encono,
vuestra espontánea abnegacion destierro,
y que gozar la majestad del trono
de nuevo codicieis?

BERENG. Oh ciego engaño!
Vil ansia de mandar! Qué! ¿No concibe
ese frívolo mundo cómo vive
pecho ninguno á la ambicion extraño?
Pues en mis venas arde
entusiasmo mayor: no la diadema
de tan estrecho imperio, la que alarde
hiciere en torno de abarcar la tierra,
la que el mas alto precio

de augusta pompa y de renombre guarde
dad hoy mismo á mi sien, y la desprecio.

ALVARO. Y yo en vuestro lugar lo propio hiciera;
mas confesad, infanta,
que no sois ya con mi amistad sincera;
que si á este punto encaminais la planta,
algun cuidado vuestra paz altera.

BERENG. Mas de uno, conde.—Al retirado asilo
donde encontrar creia
olvido y calma el corazon tranquilo,
quejas de lo que haceis van cada dia.
De encierros y despojos,
de atropellos sin fin van los lamentos.
Dejé el mando y jurásteis.... juramentos
estériles, sacrílegos.... No hay ojos
para tanto llorar: la tierra misma,
de maldicion herida, á los sudores
del labrador ineficaz se muestra,
y Dios arma su diestra
con los rayos de su ira vengadores.

ALVARO. Lo sé, lo sé: la clerical censura
me intimó Garci-Lopez.

BERENG. Cuál?

ALVARO. Serena
mi conciencia la oyó.—Como está pura....
Descomulgado estoy..... no me da pena.

BERENG. Ah! Qué decís? ¿De tan infausta nueva
fué Garci-Lopez portador?

ALVARO. Dejemos
motivos de disgusto. Esos estremos
no os convienen, señora:
mis émulos me infaman: son tan diestros
en fingir.... si creyese yo á los vuestros,
atroces penas mereciérais ora.

BERENG. Qué me achacan? Yo pronta....

ALVARO. De que conmigo os disculpeis no trato;
mas esos que do quiera
tras vuestra huella van, régio aparato
en su ademan fingiendo,
más os dañan que os sirven.

BERENG. Yo no ofendo
la amistad generosa con ingrato

desden, y aunque me pesa
acrecentar sus cuitas,
les debo auxilios, compasion y abrigo,
que careciera hasta de pan mi mesa,
si no partiesen su escasez conmigo.

ALVARO. Tamaña desventura
que ignoro no penseis; mas cuando apura
todo un bando enemigo
calumnias contra vos, y mis afanes
frustrar no pueden sus inicuos planes,
¿dais, señora, pretesto á sus mentiras
y á que os imputen reprobadas miras?

BERENG. Si ellos causan recelos,
hoy mismo cesarán; hoy mismo ausentes
de aquí, los libraré de sus desvelos.

ALVARO. Desvelarse por vos sabrán mis gentes.

BERENG. Yo tambien de Castilla en breve plazo,
don Alvaro, saldré.

ALVARO. Vos? Y ¿qué idea....

BERENG. Mas antes permitid que á Enrique vea....

ALVARO. (*Cortado*) Oh!

BERENG. Para darle mi postrer abrazo.

ALVARO. Ver al rey intentais?

BERENG. Sí: qué os admira?
Lejos de él he vivido mas de un año.

ALVARO. Pretension es muy justa, no lo estraño;
pero el plan de partir ¿quién os lo inspira?

BERENG. Quién? Mi deber, Castilla, el bien del trono!

ALVARO. Mas ved que blanco de mi injusto encono
os juzgarán no mas.

BERENG. Y ¿qué os importa?
Bástame que al rey niño
me dejeis saludar, y voy (oh pena!)
á olvidar, si es posible, en tierra agena
mi afan, mí ser, mi fraternal cariño.

ALVARO. No os creí, por quien soy, tan inhumana;
que quien así abandona
patria, hermano, y amigos y corona,
encarece de mas su amor de hermana.

BERENG. Ah! Nada receleis! No! Que no quiero
á nadie disgustar con mi presencia,
ni en pomposo hospedage ir á Palencia

las pechas á absorver de un pueblo entero.
No temais que este paso os perjudique.

ALVARO. Yo he de temer que visiteis á Enrique?

BERENG. Cuándo, cuándo será?

ALVARO. Me instais de suerte....
Le hareis llorar, se afligirá.

BERENG. Inhumano!
¿Impedísteis por eso que á su mano
fuese mi carta, y horrorosa muerte
al mensajero dísteis?

ALVARO. Le matara
otra vez y otras cien que me irritara.
Misterio es este que olvidar importa
por bien de todos.

BERENG. Qué decis?

ALVARO. Sombría,
horrenda trama! Mas cercano el dia
está quizás que la descubra.—¿Parte
Leonor con vos?

BERENG. ¿En dudá
mis deberes poneis? ¿Veces de madre
no me da su horfandad?

ALVARO. Es que advertida
de mi ruego os creí.

BERENG. Lo estoy.

ALVARO. ¿Qué tarda
entonces vuestro labio....

BERENG. Soy su guarda,
don Alvaro, y no mas.—Ella decida. (*Se entra por la derecha.*)

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR.—D. ALVARO.

ALVARO. (*Despues de un momento de suspension.*)
Oisteis? Leonor! Temblando
está en mi pecho el valor.
Sí! Yo no demando amor:
compasion solo demando!
Qué dudais? Tal vez esquiva
triunfa de amor la beldad;

mas la voz de la piedad
¿á qué hermosa no cautiva?

LEONOR. (*Turbada*). Ah!

ALVARO. Templo en esta mansion
hay tambien: en él entremos;
ministro de Dios tendremos
que bendiga nuestra union.

LEONOR. (*Reponiéndose*)
Delirais?

ALVARO. (*Cogiéndola de la mano*)
Venid! De hoy mas
os llamaré esposa mia!

LEONOR. (*Rechazándole con estrañeza y horror.*)
Oh! Con que.... Bien me decia!....
Yo esposa vuestra?... Jamas!

ALVARO. Qué oigo? Cielos! Tal desprecio....
Y con tan poca cautela....
¿Así abusa Berenguela....
¡Qué necio he sido, que necio!
—Del triunfo no estéis ufana;
resolveos á escoger:
ó esposa mia, ó perder
para siempre á vuestra hermana.
¿Pensais que en ocio menguado
pasé el tiempo? Su delito,
de su propia mano escrito,
publicaré.

LEONOR. (*Con desprecio.*) Cual? Forjado
habréislo vos, hombre alevel

ALVARO. Y provocarme aun osais?
Mirad que sé á quien amais,
y quien á amaros se atreve;
mirad que su sangre, aun siendo
tan mia como es, en rojos
raudales podrá á los ojos
saltaros.

LEONOR. (*Aterrada.*) Furor horrendo!
Huyo de aquí! (*Váse precipitadamente por la puerta de la derecha, cerrándola con ímpetu.*)

ESCENA X.

D. ALVARO. *Despues* GARCI-LOPEZ.

ALVARO. Bien.—Me exímen
del respeto de vasallo.
—Nada he perdido—Ya me hallo
frente á frente con mi crimen.
Basta de planes arteros
que tan vano fruto dan:
recurramos al desman
y á la fuerza. (*Acercándose á una de las ventanas y gritando*) Ballesteros!
(*Entra Garci-Lopez, y al oir pasos vuelve D. Alvaro la cabeza.*)
Vil mercenario.... otra vez!
GARCI-LOP. Qué resolvísteis?
ALVARO. (*Colérico*). Tu muerte!
GARCI-LOP. Costumbre es tuya.
ALVARO. Soy fuerte.
GARCI-LOP. Eres verdugo.
ALVARO. No, juez.
GARCI-LOP. Pidiendo al cielo venganza
están tus hechos atroces.
—Y el rey?
ALVARO. (*Como sobrecogido*). El rey! No des voces.
De eso á tí ¿qué se te alcanza?
GARCI-LOP. Mucho quizás.
ALVARO. Mas ¿qué objeto....
GARCI-LOP. Vive?
ALVARO. Silencio!
GARCI-LOP. Hay quien hable
en Palencia.
ALVARO. Miserable!
Morirás con tu secreto.

ESCENA XI.

MANRIQUE, *que entra por el fondo seguido de algunos ballesteros.*—DICHOS.

ALVARO (*Aparte á Manrique*). Tenle seguro, Manrique, (*Seña-*

lando á Garci-Lopez).
que si la lengua no enfrena,
le suspendo de una almena.

(*Manrique habla un instante en secreto con los ballesteros, y estos rodean á Garci-Lopez*).

GARCI-LOP. Muriendo está don Enrique!
(*Esforzándose por separarlos*).
Tened!... ¿Prestais obediencia
á un hombre tan desalmado?
Sabeis que está excomulgado?
(*Los ballesteros se retrahen un tanto*).

ALVARO. Quitadle de mi presencia!
Fé dais á locos extremos?

GARCI-LOP. Quereis perderos con él?

ALVARO. (*Sacando del pecho el papel que guardó antes*).
El rey manda este papel.
(*Mostrándoselo á Manrique*).

MANRIQUE. Pues al rey obedecemos.
(*Se le llevan los ballesteros*).

ALVARO. (*Llamando á un lado á Manrique*).
Manrique, dime: y la infanta?

MANRIQUE. Los suyos van caminando
á Otella, de tí jurando
vengarse.

ALVARO. Sí; no me espanta.
—Confundir á esa mujer
ya es fuerza.

MANRIQUE. Lo propio digo.

ALVARO. Para ello cuento contigo.

MANRIQUE. Habla: pronto.... qué he de hacer?

ALVARO. Ven: sigamos á tu gente,
sabrás lo que intento.—Hoy brilla
un ástro nuevo en Castilla,
y ¡ay del que eclipsarlo intente!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Sala que se supone ser la habitacion de las infantas, en el mismo castillo ó palacio del Madrigal. A la izquierda, la entrada; enfrente otra puerta, y otra mas pequeña en el ángulo de la derecha. En el fondo una gran ventana.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. (*Entrando por la izquierda*).
Ah! Cierto es ya mi infortunio.
LEONOR. Cómo?
BERENG. La pena me ahoga,
y el deseo.... mas venzamos
esta pasion que ya cobra
en mí criminal aliento.
¡Cuánto yerro en pocas horas!
LEONOR. Mas qué acontece?
BERENG. Ay hermana!
Ingratitudes, traidoras
astucias de almas mezquinas.
Cárcel ya, cárcel odiosa
en esta estancia sufrimos,
que armados hombres custodian.
LEONOR. Qué dices?
BERENG. De su postrero

umbral el límite, absorta
en otros cuidados, iba
á salvar, y una voz ronca
«Atras!» me dijo; detuve
la planta, y aunque medrosa,
pregunté: «No he de salir?»
«Vedado os está, señora,»
el mismo repuso de antes.
Confieso que hirviendo toda
mi sangre, encendime al pronto
en cólera abrasadora....
Reportéme felizmente,
y aquí vuelvo en cruel zozobra,
sin saber qué determine,
ni quién afrentarnos osa
tan sin razon, ni qué fin
tendrá esta nueva congoja.

LEONOR. Funesto, funesto, hermana,
que la desventura agobia
al débil siempre. Los nobles
que nos sirvieron de escolta
has despedido.... qué esperas?
¿A fuerza de generosa
vencer á unos viles?

BERENG. Oh!
Por qué no padezco sola?
Déjame, Leonor querida:
sé tú feliz, aun á costa
de la suerte que hoy nos une.

LEONOR. Con ese monstruo? Ya ahora,
ni aquel pasagero afecto....
Una ilusion fué que borra
este ultraje para siempre.

BERENG. Triste de mí!

LEONOR. Triste! Heróica
debieras mostrarte, hermana.
Por no alimentar discordias,
en inaccion la prudencia
y en descrédito la gloria
truecas, y ¿á qué fin, si el premio
de tus virtudes no logras,
y por débil te condenan

á olvido, abyeccion y mofa?

BERENG. Tú tambien! Ah! Si supieras....

LEONOR. Qué?

BERENG. Hay un pesar que devora
mi corazon, una idea
que en todas partes me acosa,
sin tregua, sin lenitivo....

LEONOR. Y me lo ocultas?

BERENG. Perdona....

LEONOR. Saberlo quiero.

BERENG. Interés
no ha de causarte: memorias
son de Leon que acá traje.

LEONOR. Celos sin duda?

BERENG. No: esposa
y reina, gocé absoluta
del amor y la corona.
Alfonso mozo, y yo niña,
fué nuestra union tan dichosa,
que aun los recuerdos de entonces
agravan mi mal de ahora.
Quisiera en perpétuo olvido
tenerlo.... imposible!—Corta
fué nuestra dicha.... dos lustros,
que me parecieron horas:
al cabo de cuyo tiempo
vino á turbar nuestras glorias
un aviso, un anatema,
un rayo lanzado en Roma.
El rey y yo recibimos
la tremenda ejecutoria
del divorcio, como altivos,
haciéndolo punto de honra;
porque si bien existia
parentesco en las personas,
igual estorbo mediaba
al tiempo de nuestras bodas.
Disputaron los juristas;
terciaron dádivas ora,
ora razones y quejas,
vanas diligencias todas,
que el pontífice romano

inexorable en su cólera,
trató de estender al reino
su maldicion apostólica.
Y aquí comienza mi crímen,
porque ciega, insana, loca
de amor, persistí aun mas tiempo
en mi union, ay! incestuosa.
¡Horrendo, horrendo delito,
que causa ninguna abona,
que ni con votos se expía,
ni con lágrimas se borra!

LEONOR. Turbada, hermana, tu mente,
en sus delirios asocia
de aquella edad los disgustos
con los deberes de estotra.

BERENG. Deberes! Sí: los delitos
deberes aquí se nombran.
Este rigor de mi suerte,
proscripcion, pobreza, todas
cuantas miserias me angustian,
no son de enemigos obra,
sino castigo del cielo
cuya venganza ellos toman.

LEONOR. Imposible, que á tiranos
Dios su justicia no otorga,
y el crímen de que te acusas
no lo es ya en quien se divorcia.
Escrúpulos tan pueriles
tu abnegacion ocasionan!
De ellos nació tu renuncia!
De ellos el designio ahora
de alejarte de este suelo!

BERENG. Eso no, que aunque el aroma
de su nativa inocencia,
fragante y cándida rosa,
conservase el alma mia,
lo propio hiciera.

LEONOR. Allí asoma
el conde, y hácia aquí viene.

BERENG. Dios se apiade de nosotras!

ESCENA II.

D. ALVARO.—DICHAS.

ALVARO. Si el ser de nuevas dolorosas nuncio,
si el profundo pesar.... Cómo!... Arrasados
vuestros ojos en lágrimas! Llorábais?
¿Por ventura sabeis....

LEONOR. (*Interrumpiéndole con severidad*). Sabemos harto.

ALVARO. Que improvisa prision....

BERENG. (*Con dignidad*). Esa es la pena;
mas el delito conocer aguardo.

ALVARO. De varon justiciero es la advertencia.
—Buscais delitos donde existen bandos?
Donde habla el interes buscais razones?
¡Y aquí, en la tierra del primer Fernando,
que con ruin proceder al de Navarra
sumió en dura prision, y era su hermano!
(*Con énfasis*).

BERENG. ¿Pecó de injusto, y repetís su ejemplo?

ALVARO. Yo, señora? ¿De mí tal atentado
quién osó presumir? Bien me decian,
que traidor Garci-Lopez y villano,
me puso en mal con vos. Ya en un encierro
gime, y en breve expirará.

BERENG. Dios santo!
Qué fácil, conde, decretais la muerte!
Qué os hizo el infeliz? Ah! Sí: es honrado!

ALVARO. Honrado un desleal! Me maravilla
su alabanza, señora, en vuestros labios.
¿Luego pena no hallais para el que aliento
toma de una merced....

BERENG. Sí, no alentarlo.

ALVARO. ¿Y si llega su audacia hasta erigirse
de mi conciencia en juez?

BERENG. Quizá su fallo
justo será..

ALVARO. Mas justa es mi venganza.

BERENG. De infalibles presumen los tiranos.

ALVARO. No me hablárais así como lo fuera.

BERENG. Conmigo no lo sois?... Ingrato! Ingrato!
¿Presa una infanta de Castilla, que honra

el cetro que os dejó, cuando implorando
viene aquí por merced lo que es justicia,
ver por última vez al rey su hermano!
Y vos sabeis lo que mi amor padece
lejos del niño á su lealtad fiado,
á quien, como nutriz, mecí en la cuna
y abrigué, como madre, en mi regazo!
Y este bien la negais, y para colmo
de fiereza y ultraje y torpe engaño
con guardas la encerrais! Confesad, conde,
que ó poco cuerdo sois, ó sois tirano!

ALVARO. (*Con despego*). Ver al rey no podeis.

BERENG. Perdon, Dios mio!
Me escedí.... Qué furor!

ALVARO. Y del recaudo
que sufrís ora aquí responden otros.

BERENG. Quiénes?

ALVARO. Los nobles que terrible bando
contra vos acaudillan.

BERENG. Es posible?
Tan crédula me haceis? Ellos....

ALVARO. Juraron
vengar su menosprecio, y hoy lo cumplen.
Gente es ansiosa de riqueza y mando,
y como nada recabar pudieron
de vos, á mi familia se allegaron.
Su liga formidable me amedrenta.

BERENG. Y vuestra autoridad....

ALVARO. Título es vano
que para mas obligacion invocan.
Ellos este que irrita, desacato
vil á la estirpe de mis reyes hecho,
ébrios de ira y orgullo, consumaron.

BERENG. Conque en vos....

ALVARO. Nada puedo: en mí tan solo
compasion hallareis.

BERENG. ¿Y á quién demando
justicia entonces?

ALVARO. Demandar remedio
á vuestro heróico corazon le es dado.
Un sacrificio es menester—mayores
los habeis hecho ya.

BERENG. Saber aguardo
cuál.

ALVARO. Una sola condicion imponen....

BERENG. (*Con viveza.*) Condiciones á mí? No! Las rechazo.

ALVARO. Ved el riesgo en que estais. La vida es antes.

BERENG. Si deshonrada he de vivir, qué gano?

ALVARO. No, no vivireis tal, sino con gloria.
—Ese escrito mirad. (*Sacando un papel y mostrándoselo.*)

BERENG. Este es el pacto?
(*Lo lee rápidamente y se lo devuelve indignada*)
Jamas!—Afuera tal baldon! ¿Mi infamia
quieren que firme de mi propia mano?
Yo anular de mi sangre los derechos?
Por mí renuncio al trono, aunque el acaso
me ponga un tiempo en él, pero ¿á mis hijos
he de legar tambien el peso infausto
de mi suerte, la herencia maldecida
de ese odio pertinaz que en pos arrastro?

ALVARO. Obrad como gusteis: consejos mios
á nada viólento han de forzaros,
mas cuando ahora á sus autores vuelvan
de este papel los márgenes intactos,
atentos á su fin, y no á razones,
ambicion! falsedad! dirán, y acaso,
saciando de una vez su negro encono,
tendremos que llorar otro atentado.

BERENG. Dios ve mis intenciones, y su diestra
de una débil mujer saldrá al amparo;
Dios alienta de nuevo el alma mia,
tranquiliza mi espíritu, y un rayo
de su vívida luz, claro á mis ojos
mostrar parece tenebroso arcano.

ALVARO. Ciégaos vuestra virtud, pobre señora.
Si siempre en ella se cifrase el lauro,
mansion angelical el mundo fuera.
Ceded, que cuando el mal es necesario,
el ceder no es afrenta.

BERENG. Aun ceder puedo,
primero que al furor de los extraños,
al ruego de los mios.

ALVARO. De los vuestros!

Qué harán por vos?

BERENG. Morir!

ALVARO. Desesperado
recurso! Y entretanto mis ofertas
desechais enemiga? ¿En qué dañaros
puede el designio que abrigó mi mente
de unirnos todos con perpétuos lazos?
Tanto mi casa desiguala al trono?
Tanta es mi nulidad, tantos mis años?
De dos bandos rivales cesaria
la injusta oposicion, y reforzados
ambos, de la nobleza turbulenta
dieran eterno fin á los amaños.

BERENG. No, no son, cual decis, esos que os siguen
los que mi mengua y perdicion juraron:
sois vos que en Burgos, Montealegre y Alba
el pendon de revueltas tremolando,
custodio de las leyes, las hollásteis,
y al pueblo azote fuísteis, que no amparo.
Sois vos que al real pupilo, temeroso
de vuestra autoridad, en apartados
lugares reteneis, adormeciendo
sus naturales ímpetus magnánimos.
Sois vos, en fin, para decirlo todo,
que alucinais con fraudulentos lazos
ese sensible corazon, fingiendo
de amores y de paz coloquios blandos.

ALVARO. Y suspicacia tal en vos habia!
Y tal malicia en corazon tan manso!
Si á lid me provocais, ved que funesta
para vos ha de ser; de horrendo estrago
campo será Castilla, y vos y todos....

LEONOR. No, por Dios! Conde.... Hermana.... Sosegaos!
Yo sola, yo la movedora he sido
de esta nueva discordia.—Hombre inhumano!
El ara preparad: determinada
al sacrificio estoy!

ALVARO. ¿Sacrificaros
por ventura yo intento, ni á vil miedo
debor la posesion de vuestra mano?

LEONOR. Me olvidaré de vos, de mí, de todos....
Qué mas quereis? Me esforzaré en amaros!

BERENG. Conde de Lara! Libertad os pido!
ALVARO. Hoy la justicia dictará su fallo.
Un crímen pesa sobre vos!
BERENG. Un crímen!
Cuál?
ALVARO. Horroroso! A tan tremendo cargo
respondereis en breve.
BERENG. Y vos al cielo
de esa nueva calumnia.
ALVARO. Meditadlo:
ó renunciar con vuestros hijos todos,
ó en las tinieblas expirar de un claustro! (*Váse*).

ESCENA III.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. (*Despues de una breve pausa*).
Se fue? Se fue? Dónde es ido?
Ay de mí! Yerta, mortal
sus palabras me han dejado.
Un crímen dijo.... verdad?
De nada la voz me acusa
de mi conciencia.... ¿Será
la venida de Fernando....
algun tumulto, quizás
conjuraciones tramadas
que me imputen?
LEONOR. Pues ¿fé dar
se puede á su dicho acaso?
El cielo nos salvará.
BERENG. Ah! ¿qué debo hacer, Dios mio,
en tan congojoso afan,
en esta lucha que dentro
de mi alma trabada está?
Una tras otra se agolpan,
como en delirio tenaz,
mil encontradas ideas
á mi discurso, mas ¿cuál
preferir, si todas, todas
me subyugan á la par?
¡Oh corazon impetuoso,

mal encubierto volcan!
La helada razon no basta
estorbos á darte ya,
pues cuanto ella mas te oprime,
se aumenta tu fuerza mas.
Recuerdos de mis mayores,
héroes de la antigua edad!
en vano acudo á vosotros:
mudas las tumbas están!
¿Posible es que en tantos siglos
ejemplo ninguno habrá
que de experiencia me sirva,
de luz en mi oscuridad?
¿No he de tener mas consuelo
que gemir y suspirar,
y ser el mayor verdugo
de mi propia voluntad?
—Será ilusion; mas un dia
tuve el designio, el afan
de ver el pendon morado
cabe las playas del mar.
La patria que halló en Pelayo
milagroso capitan;
la patria que palmo á palmo
vió sus confines medrar
á impulso de tantos héroes;
la que la imperial ciudad
tuvo en su seno, ganada
por adalid singular;
la patria, en fin, que dió aliento
á nuestro padre inmortal
para volcar un imperio
en pocos instantes.... ah!
bien merece el señorío
desde Pirene á la mar.
Soñé en el muro hispalense,
de aquella ambicion iman,
caudillo yo de mi pueblo,
la santa insignia clavar;
soñé.... mas huid, memorias
de imposible realidad!
solo sois para sentidas!

LEONOR. Cansado ya de llevar
su yugo ese dócil pueblo,
¿quién sabe si te alzará
á tanto honor nuevamente?

BERENG. No; á la antigua libertad
tornemos, que el pecho anhela
otro ambiente respirar.
Afuera, afuera, ilusiones
nacidas para mi mal!
Renunciaré, sí.... con eso,
con eso el mundo verá
que como noble procedo.
Resuelta á no gozar mas
de tan costosos honores,
qué me importa?... Oh! Deslëal!
Y tus hijos? Y Fernando?
«Madre, madre, me dirá:
Este es vuestro amor! ¿Es esta
vuestra prudencia?—Quitad!
Y si vaco el trono queda?
¿Con cuál justicia, con cuál
me despojais de su herencia,
que un intruso gozará,
y condenais á dos reinos
su desunion á llorar?»
Qué he de responderle entonces?
No haré, cielos, no haré tal!
—¿Con que he de vivir cautiva....
Oh baldon! Fuerza será
salir por mi honra ultrajada....

LEONOR. Silencio! que alguien acá
se acerca.

ESCENA IV.

MENDOZA, *que entra por la puerta pequeña del ángulo con mucho misterio.*—DICHAS.

LEONOR. Quién es?

MENDOZA. Yo soy..

BERENG. Mendoza!

MENDOZA. Sí.

BERENG. Qué quereis?
MENDOZA. Ya suponerlo podreis....
(*En casi toda esta escena contrasta la calma de Mendoza con la viveza de doña Berenguela*).
BERENG. Decid pronto.
MENDOZA. En eso estoy.
Ya el conde os habrá indicado....
BERENG. Sí; ¿qué mas....
MENDOZA. Que presa aquí....
Oh! no me mireis así,
que yo la ocasion no he dado.
Somos al fin caballeros,
y no hemos de tolerar....
BERENG. Cesad en eso de hablar.
MENDOZA. Mejor hablan los aceros,
no es cierto?
BERENG. Y ¿tendreis valor....
MENDOZA. Que si tendremos!
BERENG. Crüel!
Dejadle, dejadle á él
la hazaña de tal horror.
MENDOZA. A Garci-Lopez decís?
Si encerrado....
BERENG. (*Con extrañeza*). No os comprendo.
MENDOZA. Ni yo tampoco os entiendo;
pero en fin ¿qué decidís?
Preso Garci-Lopez ya,
entramos en conferencia
los mas; hubo resistencia,
mas todo arreglado está.
BERENG. Qué arreglasteis?
MENDOZA. Es muy llano:
arrancamos un insulto;
promovemos un tumulto,
y damos sobre el tirano.
En la suerte que á este quepa,
resolved: si muerte, estoque
no faltará que en el choque
ayude y que darla sepa;
y si quereis que la vida
consuma en dura prision,
que es, señora, mi opinion,

tambien quedareis servida.

BERENG. ¿Y es eso....

MENDOZA. Cabal; ¿no es esto
lo que deseabais?

BERENG. Yo?

MENDOZA. Ved si mi afecto os sirvió;
ved si á los Laras detesto.

BERENG. Patria infeliz! ¿Qué destino
te guarda la suerte impía,
si hasta un noble se gloría
de traidor y de asesino?
Idos, menguado, en mal hora;
no provoqueis mas mi enojo,
que me enciendo y me sonrojo
solo de veros.

MENDOZA. Señora....

BERENG. Silencio! Salid de aquí!

MENDOZA. ¿Yo que he venido á salvaros....
Resueltos á libertaros
están todos. Si de mí
sospechais....

BERENG. Nada sospecho
donde todo es realidad,
bajeza, fraude y maldad.

MENDOZA. (*Saliendo por la puerta de la izquierda, medroso y aturdido*).
Desventurado! Qué he hecho?

ESCENA V.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

LEONOR. Atrevimiento fué grande.

BERENG. Castigo ejemplar, mas bien
mereciera que desden.
—Y pretenden que aquí mande!
—¿Para qué libertad quiero
á precio de tal deshonra?
O salgo de aquí con honra,
ú honrosa muerte prefiero.

LEONOR. Qué de imprevistos sucesos!
¿A dónde al fin llevará

á ese hombre tan ciego ya
la fuerza de sus excesos?
Si esos pocos le abandonan,
á quién volverá los ojos?

BERENG. Aun quedan, Leonor, despojos,
y aun muchos los ambicionan.
Oh! ¡no me concede el cielo
que pueda lejos huir
donde no llegue á infundir
ni esperanzas ni recelo!...
Vanamente, tentacion,
me instigas con tu inquietud:
Dios da vuelo á la virtud,
y grillos á la ambicion.
A dónde tu afan me sube?
Ya altas empresas tentaron
mis desvelos, y me odiaron!
—Tendré mas de lo que tuve?
No, hermana, no; y es sabido,
aunque parezca altivez,
que conviene alguna vez
no ser mas lo que uno ha sido:
pues cargo que tanto alcanza,
como dos veces se adquiera,
podrá ser ley la primera,
mas la segunda es venganza!

ESCENA VI.

UN BALLESTERO.—LAS MISMAS.

BALLEST. (*Entrando precipitadamente por la izquierda*).
Perdonad mi atrevimiento.
De faustas nuevas, señora,
vengo á haceros sabedora.
—Alas me ha dado el contento.
Palencia está amotinada;
vuestro nombre victorea,
y hasta en la próxima aldea
tiene ya gente apostada.
Aquí aturdidos están,
y el conde (ciéguele Dios!)

tomar ha jurado en vos
venganza de tal desman.

BERENG. Vos quién sois?

BALLEST. Un ballestero
que á vuestro padre sirvió,
y que servir no pensó
á su hija de carcelero.

BERENG. (*Quitándose y dándole un anillo*).
Por el servicio tomad.

BALLEST. ¿Acaso paga merece? (*Resistiéndose á tomarlo*).

BERENG. No es premio.

BALLEST. Mas lo parece.

BERENG. Altivo sois.

BALLEST. Perdonad....
y el cielo os guarde. (*Inclinándose á besarla la mano*).

BERENG. ¿Mi mano
quereis besar? No: tened. (*Levantándole y estrechándole la suya*).

BALLEST. (*Enternecido*). Señora, tanta merced!

BERENG. (*Lo mismo*). Adios, adios, buen anciano.
(*Váse el ballestero*).

ESCENA VII.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR.

BERENG. Palencia el grito levanta
por mí! Pero ¿qué pretende?
¿Es que mis fueros defiende,
ó que en sus almenas planta
enseña de rebelion?

LEONOR. Es que en su justa clemencia
bendice Dios la inocencia
y confunde la traicion.

BERENG. No sé qué pasa por mí
desde que escuché ese aviso.
Dios mio! ¿Será preciso
no obrar como obré hasta aquí?
¿Yo sola habré de acertar
contra la opinion de tantos?
¿Si á ese sin fin de quebrantos

habré yo dado lugar?
Mal satisfecha responde
la reflexion á esta duda,
y mal mi razon se escuda
con la autoridad del conde;
que la misma gocé yo
cuando á su anhelo cedí.....

LEONOR. Y si no fuera por tí,
él no la gozára, no.

BERENG. Es verdad; nadie exigia
de mí sacrificio tal.

LEONOR. Y hoy acrecientas el mal
con tu insensata porfía.

BERENG. Ese clamor importuno
que aun arrostrando mi tedio,
me dice: «en tí está el remedio,
ó no hay remedio ninguno;»
ese universal clamor;
ese tremendo castigo
que el prudente don Rodrigo
impone al gobernador;
el repentino alzamiento
de un pueblo que el timbre goza
de fiel, y hasta de Mendoza
el bajo y audaz intento,
y la afliccion en que me hallo
¿serán avisos que envia
el cielo á la mente mia?
¡Con qué de dudas batallo!
Divino espíritu! Dame
un rayo de inspiracion
que ilumine mi razon
y en puro anhelo me inflame!
Débil quizás con exceso,
quizás criminal he sido;
conmigo sé que he cumplido;
con otros, no, lo confieso.
A los mismos que hoy me oprimen
cuanto pidieron les dí;
resistir pude y cedí:
¿fué virtud esto, ó fué crímen?

LEONOR. Pues ¿qué teme, qué vacila

quien su duda así declara?
La verdad se ostenta clara,
y la rectitud tranquila.
Oh! Ya la victoria fundo
en tu ingenua confusion.
Hostil á toda ambicion
te admira y aplaude el mundo;
y pues á tu alma sencilla
solo el sacrificio agrada,
haz el de ser desdichada,
y harás feliz á Castilla.

BERENG. Feliz! ¿Lo será conmigo,
que he de mostrar mi prudencia
ó cobarde en la indulgencia,
ó sangrienta en el castigo?
¿Que he de mantener ilesos
y honrados á los traidores,
ó trocar con mis rigores
los suspiros en procesos?
¿Y la mágica vislumbre
del áureo solio empañar,
enseñando yo á escalar
en un antojo su cumbre?
Ilusion, sueño, delirio
es, Leonor, tal empresa:
mi incertidumbre ya cesa;
solo me es dado el martirio:
y lo sufriré animosa,
que en tan apurado trance,
nada es posible que alcance
sin condicion afrentosa.
¡Adios por siempre, esperanza,
hoy ya febril desvario!
¡Adios por siempre, hijo mio!
No llores, no, tu tardanza,
que si me frustra el consuelo
de tu grata proteccion,
designios del cielo son,
y siempre es benigno el cielo.
Y ahora, cruëles, venid;
saciad vuestro encono ahora:
mujer soy, mas no me azora

temor alguno.

(*Entra precipitadamente D. Gonzalo por la izquierda. Doña Leonor al verle da un grito de sorpresa, y doña Berenguela vuelve la cabeza*).

LEONOR. Ay!

ESCENA VIII.

D. GONZALO.—DICHAS.

GONZALO. Huid!
Huid!...
BERENG. (*Con amarga ironia*). Me oísteis?
GONZALO. Señora,
esa estrecha galería....
LEONOR. (*Impaciente*). Ah! ¿qué....
GONZALO. No ignorais que llega
á una bajada sombria....
LEONOR. Sí; por ella se salia
en otro tiempo á la vega;
y un postigo al pié del muro....
GONZALO. Esta es la llave. (*Sacando y entregándole una*).
LEONOR. Traed.
GONZALO. Presto la fuga emprended,
que en pechos de mármol duro
jamás hallareis merced.
Gente aguarda apercibida
que á donde eligiéreis vos
segura os deje y servida,
y con gualdrapas y brida,
palafrenes para dos.
BERENG. Lograré inmortal renombre!
Al veros en tal acucia,
pensando estoy, no os asombre,
que teneis de Lara el nombre,
pero que os falta la astucia.
GONZALO. Señora....
LEONOR. Partamos!
GONZALO. Sí,
por piedad! á vuestros pies (*Haciendo demostracion de arrodillarse.—Doña Berenguela se lo impide*).
vedme.—Alejaos de aquí!

Por vosotras y por mí....
y aborrecedme despues!

BERENG. Imposible!

GONZALO. No se humilla
quien huye de un hombre aleve.
Sabed que un veneno debe
dejar huérfana á Castilla!

LEONOR. Ay!

BERENG. Venga si viene breve.

GONZALO. Huir os mando.

BERENG. Vos?

GONZALO. Yo!
Recordad que no pasó
á uno solo el poder: halo
mi mano tambien.

BERENG. Gonzalo!
Qué tarde acordásteis!

GONZALO. Oh!
Es verdad.... pero....

BERENG. Acusada
de un crímen estoy.

GONZALO. Yo os juro
por la justicia sagrada
que ha sido invencion forjada
en conciliábulo oscuro.

BERENG. Pues ya mi pecho respira.
¿Qué debo entonces temer?

GONZALO. Ah! No lo sabeis?... Mi insano
delirio, sí, que me lanza
á desgarrar con mi mano
el corazon.... Oh venganza!...

LEONOR. De quién?

BERENG. De quién?

GONZALO. De mi hermano!
(*Leonor se cubre el rostro con las manos; Berenguela aparta la vista horrorizada, y despues de una breve pausa, dice*):

BERENG. Raza de bárbaros! Dios
no lo permita!

GONZALO. Luché
tanto tiempo.... para qué?
—Fratricida me haceis vos!

Mi sangre derramaré!

LEONOR. Piedad! Piedad!

BERENG. Falso.—Tuyo
es el propósito, impío;
mas ya me aparto del mio,
y arriesgo mi fama, y huyo
de tales hombres.—Yo guio.
Vamos, Leonor. (*Dirigiéndose resueltamente á la puerta pequeña*).

GONZALO. (*A Berenguela*). Menos dura
con mi desdicha os creí.—
(*A Leonor al pasar y con acento apasionado*).
Ay imposible hermosura!
El cielo os dé la ventura
que siempre me niega á mí!
(*Desaparecen las dos hermanas; él las acompaña hasta la puerta; se detiene un momento en ella, cierra, y se vuelve al proscenio*).

ESCENA IX.

D. GONZALO.

Tranquilo quedo ya.—Borron eterno
sobre el nombre de Lara echado hubiera
odio llevado á extremidad tan fiera.
Tranquilo!... Ay! Ojalá! Todo el infierno
sus negras furias contra mí parece
desatar y mover, y horrendo abismo
tras riesgos mil ante mi vista ofrece.
Mas ¿de qué me lamento, si yo mismo
soy mi mayor contrario? Amor risueño
á mis ansias amantes respondia:
temí un desden, y abandoné mi empeño:
la culpa fué de la modestia mia.
Pude mi gloria en la sublime esfera
del solio colocar: de alma vil era
proceder con engaño fementido;
débil al fin me sometí á un hermano,
y hoy la infame traicion con él divido.
¡Sombra insepulta de mi rey! En vano
tus postrimeros ayes al olvido

me esfuerzo en dar, que el pavoroso arcano....
Mas ¿porqué este temor? Callarlo ahora
por tiempo mas la lëaltad me veda.
Al sol que feneció, de nueva aurora
el esplendor benéfico suceda....
Oh! No será por mí, que una amenaza
á devorarlo en mi interior me obliga!
¿Y un hermano ha de ser.... Suerte enemiga!
¡Maldita obligacion la que á él me enlaza!
(*Queda callado y pensativo, y aparece D. Alvaro por la izquierda, mostrando cierta intencion siniestra en su rostro y en sus ademanes*).

ESCENA X.

D. ALVARO.—D. GONZALO.

ALVARO. (*Al entrar*). Llegado es el momento.—
(*Reparando en su hermano*). ¿Quién....
(*Sorprendido*). Gonzalo!
Aquí te encuentro! ¿Con qué fin....

GONZALO. Da gracias
al celo fraternal, que hoy te preserva
de indigno crímen y perpetua infamia.

ALVARO. Celo tú?... Será cierto?... ¡Qué sospecha....
(*Reconociendo con inquietud la escena*).
Oculta no ha de estar. (*Volviéndose á él*).
Qué es de la infanta?

GONZALO. Lejos respira ya.

ALVARO. Lejos?

GONZALO. Y libre
de tu encono.

ALVARO. Te burlas?... ¿Quién osara....

GONZALO. Yo mismo, yo!

ALVARO. Mentira!

GONZALO. Aun esa puerta
de su huella fugaz vestigios guarda.

ALVARO. Qué has dicho? ¿Tú.... Desventurado! El cielo
te condena á morir. (*Echando mano á la espada*).

GONZALO. (*Con serenidad*). Sí, sacia, sacia
tu furor de una vez.

ALVARO. (*Sacando la espada*). Mi acero busca

sangre!

GONZALO. (*Inmóvil y con sarcasmo*).
En mí la hallará, y odiosa, y baja
por lo que tiene de la tuya.

ALVARO. Mientes,
que reniega de tí. Y hable tu espada.
(*Poniéndole al pecho la suya*).
—Defiéndete, cobarde!

GONZALO. No! Asesino
has sido siempre: selo ahora.

ALVARO. Oh rabia!
Si mas me incitas, lo seré.

GONZALO. ¿Qué dudas,
que mi enemigo corazon no pasas?
Quíteme el ser quien el amor me quita.

ALVARO. Pues ¿cuándo, vil, merecerán tus ansias
poner los ojos donde yo los ponga?
Lástima solo tus designios causan;
y ocioso aquí.... ¿Qué tardo? (*Corriendo á la ventana del fondo y gritando*): Caballeros!
Venid! Alerta, ballesteros, guardias!
(*Volviendo al foro*).
Merced á tu traicion, debo á la fuerza
mi destino fiar: la fiesta y galas
de mi intentado enlace, en triste estruendo
se trocarán de belicosas armas.
Arda Castilla dividida en bandos:
no halle piedad el que vencido caiga,
ni aun en el pecho de su propio hermano.
—Ya rumor se oye.

GONZALO. ¿En esos tu esperanza
te atreves á poner? Frágil apoyo
á tu empresa darán venales almas.

ESCENA XI.

MANRIQUE. MENDOZA. CABALLEROS.—DICHOS.

MANRIQUE. Conde, aquí estamos. Qué quereis?

MENDOZA. ¿Qué nuevas...

ALVARO. Brazos de la nobleza castellana,
testigos sed del vilipendio nuevo

hecho á mi autoridad.

MANRIQUE. Quién, quién la agravia,
y en qué decidnos.

ALVARO. Ambicíosa, altiva,
urdiendo sin cesar inicuas tramas,
por esa puerta que al postigo lleva,
la reina de Muñon, como la llaman
sus parciales y amigos, se ha fugado.

MANRIQUE. Se ha fugado!

MENDOZA. Es posible!

ALVARO. En pos arrastra
á su hermana Leonor; y ella y los suyos,
que juraron aquí fiera venganza,
el tumulto engrosando de Palencia,
nos retarán á desigual batalla.

MANRIQUE. Sus pasos atajar antes conviene.

ALVARO. Mi proyecto acertásteis. Presta caiga
sobre ellos nuestra ira: los mejores
caballos elegid; que á disparada
flecha asemeje su veloz carrera.
Paguen por fin su revoltosa audacia;
pague nuestra enemiga las zozobras
que de continuo nuestro pecho asaltan,
y mas que todo el horroroso crímen
que á vuestro fallo someter pensaba.

MENDOZA. Cual?

ALVARO. Despues lo sabreis.—Gente tenemos
con exceso, y á mas abandonada
quedará Otella por industria mia.

MENDOZA. Llegó el ansiado instante. Solo falta,
que el niño rey á nuestra frente puesto,
de su oscura inaccion al cabo salga,
pues su prestigio....

ALVARO. No temais.

MANRIQUE. No es cuerdo
que estrene su valor contra una hermana.

ALVARO. A Palencia! á lidiar! De nuevos logros
granjeemos el precio á nuestras casas.
Los títulos que aun llevan los traidores
ennoblezcan aun mas nuestras prosapias;
que el botin de la guerra es hurto honroso.
Y ahora, por la cruz de aquesta espada

TAYLOR INSTITUTION UNIVERSITY 15 JUN 1959 OF OXFORD LIBRARY

juradme lealtad!

UNOS. Todos!

OTROS. Juramos!

MENDOZA. Por el rey!

MANRIQUE. Por don Alvaro de Lara!

(*Salen todos atropelladamente; D. Alvaro delante con la espada desnuda, detras Mendoza, Manrique y los demas caballeros. D. Gonzalo los sigue á paso lento, triste y meditabundo*).

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Patio del castillo de Otella. Un arco en el fondo que comunica con la entrada del edificio. Otros dos á derecha é izquierda que conducen á los alojamientos interiores. En primer término, y al lado que parezca mas conveniente, el brocal de un algibe, dispuesto de manera que pueda servir de asiento. Discurren por la escena varios ballesteros y soldados que conversan entre sí.

ESCENA PRIMERA.

UN CABO. BALLESTEROS.

CABO. Yo no diré tanto.
BALL. 1.° No?
Pues por fin que no habrá herejes
de mejor traza.
BALL. 2.° Seguro.
Tiene gesto de albigense.
BALL. 1.° Dios me libre del tal conde:
las armas de sus jaqueles
le cuadran que es maravilla:
sierpes lleva, y él es sierpe.
En tiempo de doña Urraca,
si nuestros padres no mienten,
el conde don Pedro fué
un escándalo perenne.
Su hijo Nuño, el retador
de su rey, metió en un brete
á los Castros, y á la corte

y á Castilla, por hacerse
con la tutela del niño;
y hoy su nieto, que nos tiene
el sufrimiento apurado,
no digo perro albigense,
mas moro, y judio y diablo
en una pieza, ser puede.
—¿Qué nuevas habrá en Palencia?

BALL. 2.° Hasta que á sus puertas lleguen
los nuestros, nada sabremos.

BALL. 1.° La pobre reina ¡qué alegre
estará, viendo á su hermano
tras tanto tiempo!

BALL. 2.° Le quiere
como una madre.

BALL. 1.° ¿Qué mucho
si estuvo á su lado siempre?
Y luego aquí sin sus hijos!...
Si alguno al menos tuviese!

BALL. 2.° El mayor.

CABO. Ah! Don Fernando!
Mozo mas cabal!... Parece
que estoy viéndole. ¡Qué humilde,
qué galan y qué valiente!

BALL. 2.° Le viste en Leon?

CABO. En Toro
le ví diferentes veces.
¡Con qué nobleza acaudilla
él solo escojida hueste
de lanzas y de pëones
que para adiestrarse tiene
junto á sí!

BALL. 2.° Bien nos vendria
un rey por acá como ese.

BALL. 1.° Un segundo Alfonso el Bueno.

CABO. Pues esperemos que en breve
se deshaga lo que hicieron
cuatro señores infieles.
Los pueblos están de parte
de la reina, y si no hubiese
ambiciosos de por medio,
y dineros y mercedes,

ya hubieran gritado todos,
chicos y grandes, contra ese
conde rapaz y aitanero.

BALL. 1.° Y mientras eso sucede
quietos aquí.

BALL. 2.° Y encerrados
entre estas cuatro paredes.

CABO. Qué hemos de hacer?

BALL. 1.° Una cosa
muy sencilla.

CABO. A ver?

BALL. 1.° Tú que eres
nuestro cabo ¿no pudieras
con el señor de Menèses
interesarte....

CABO. A qué fin?

BALL. 1.° Al de dejar este fuerte,
pues almogávares somos,
y este ocio no nos conviene:
el campo sí, y el lidiar
brazo á brazo y frente á frente,
como fieles, como honrados,
en fin como quien defiende
en Berenguela la patria
y el honor de nuestros reyes.

CABO. Cuando nos tienen aquí....
mas decidme ¿y si disienten
las otras mesnadas....

BALL. 2.° No;
que en lëaltad nadie vence
de Giron á los piqueros,
ni de Haro á los montañeses.

ESCENA II.

TELLEZ. VILLAMAYOR. GUZMAN.—DICHOS.

TELLEZ. ¿Quién ha sido el que quejoso....

CABO. Quejoso nadie; impacientes
por menear las tizonas
están no más.

TELLEZ. Pues esperen.

¿Tan mal los tratan, y danles
de yantar hasta en manteles?

BALL. 1.° Mejor yantáramos yerbas
si de pan la lid sirviese.

TELLEZ. ¿Quién ir á lidiar desea?

VARIOS. Todos!

TELLEZ. Basta.—Sois valientes,
mas no siempre los sucesos
á gusto de todos vienen.
Asaz habreis ocasiones
de pelear, ora acepte
nuestras demandas el cielo
mejorando nuestra suerte,
y volviendo contra el moro
las hoy divididas huestes;
ora nuestro auxilio invoque,
ultrajada nuevamente
la noble señora, blanco
del furor de hombres aleves.
—Velad en tanto. La guarda
del torreon se refuerce,
y siga la puente echada
hasta ver si nuevas vienen.
(*Vanse los ballesteros y el cabo por el fondo.*)

ESCENA III.

TELLEZ. VILLAMAYOR. GUZMAN.

TELLEZ. Dicen bien esos soldados;
mas conservar este fuerte,
que otro asilo no nos queda,
tambien nuestras armas deben.
De Berenguela en auxilio
Rodrigo y los otros vuelven,
no se impute á cobardia
su inaccion, ó á que se sienten
del desaire que les hizo;
que así los nobles proceden.

GUZMAN. Y entretanto que ignoramos
si dudosa permanece
en el Madrigal, si su ida

á Palencia es la que mueve
tan repentino alboroto,
Haro y Giron se detienen
en Toro mas de lo justo,
y nuestra penuria crece.
Ya el sol camina á su ocaso.

TELLEZ. Que así, Guzman, desalientes!
Tras este vendrá otro dia.

UN BALLEST. (*Que sale por el fondo.*)
En el cabo de la puente,
un hombre que nuevas trae,
aguarda licencia....

TELLEZ. Que entre. (*Váse el ballestero*).
(*A Guzman*). Lo oyes? Ya nuevas tenemos.

GUZMAN. Si son adversas....

TELLEZ. Qué fueren:
en el yerro y la desdicha
se prueban las almas fuertes.

VILLAM. De Leon será quizás
algun emisario.

TELLEZ. (*Mirando hácia el fondo*). Ah! vedle.
Para venir de tan lejos,
poco cansado parece.

ESCENA IV.

UN MANDADERO.—*Los mismos.*

TELLEZ. Buen hombre, llegad acá.
—Qué traeis?

MANDAD. Vengo....

TELLEZ. Sed breve.

MANDAD. Yo, señor, soy leñador
en el monte de Paredes.
Caminaba con dos haces
á Palencia, y casi enfrente
del Madrigal.... mas decidme:
quién es don Alfonso Tellez?

TELLEZ. Yo soy.

MANDAD. Pues una señora
que no me dijo quién fuese,
(digo, iban dos, muy gallardas

en lucidos palafrenes)
dióme hasta cuatro mitgales,
y me encargó que viniese
á deciros que dejeis
abandonado este fuerte;
que huyendo á Toro se va;
y que si andais diligentes,
os juntareis en la raya,
pues marcha sin detenerse.

TELLEZ. (*Con extrañeza*).
Eso dijo?

MANDAD. Y sollozando,
como quien oculto tiene
algun pesar.

GUZMAN. (*Al Mandadero*). Iban solas?

MANDAD. Seguidas de seis ó siete.

TELLEZ. Caballeros?

MANDAD. De á caballo
por lo menos.

GUZMAN. (*A Tellez y Villamayor*). Qué os parece?

TELLEZ. (*Al Mandadero*).
Cuánto hará de eso?

MANDAD. (*Como dudando*). Tres horas....
(*Se retira á un lado, y desaparece con cautela*).

TELLEZ. Los nuestros escasamente
podrá hacer una.... No sé
de tal novedad qué piense.

VILLAM. Ni yo tampoco.

GUZMAN. Ni nadie.
¿Quién á calcular se atreve....
¿Quién sabe si es hoy Palencia
tan leal como encarecen
los nuestros? Ni ¿qué victoria
han de lograr dos mujeres?
Al ver colérico al Lara,
y á la reina tan prudente,
el pueblo, ingrato ó medroso,
pagado la habrá en desdenes.

VILLAM. Pero si aun ignoramos....
Mas ¿cómo tan de repente
ha salido el mandadero? (*Haciendo demostracion de ir en busca suya*).

TELLEZ. Dejadle: nada mas puede
declararnos, y hartas pruebas
tenemos de que no miente.
Pero ¿á qué en pláticas vanas
gastar el tiempo? Conviene
decidir qué hacemos.

GUZMAN. Oye,
oye mi dictámen, Tellez.
Salir de aquí no debemos
porque un gañan nos lo ordene,
ni á extraño reino partirnos,
que fuera quedar inermes.
Esto á la reina digamos
por medio de un confidente,
y que aguardarla juramos,
y que la aguarda su hueste:
que si así nos abandona,
moriremos por ser fieles,
pero no por quebrantar
una palabra solemne.

TELLEZ. Voto á brios! ¿Reconvenirla
en suma es lo que pretendes,
sin saber si á la virtud,
su norte eterno, obedece,
ó á leyes que tú no alcanzas,
ó á razones que no entiendes?
Que moriremos! Muramos!
mas no blasonando de héroes,
que si lo hemos sido ó no,
lo dirán los descendientes.
Demos ejemplo á los siglos,
pero en silencio elocuente,
y márqueles nuestra sangre
la senda de sus deberes.

GUZMAN. No mas, no mas.—Prosigamos
resignados como quieres;
y oh! ¡quién sintiera en su pecho
el ardor que el tuyo enciende!

TELLEZ. Villamayor, nada dices?

VILLAM. ¿Qué diré yo que no exprese
mi lealtad á la reina
y mi gratitud á Tellez?

Mayordomo fuí en la corte
de Berenguela; quien lleve
su voz, y su honor defienda,
conmigo y mi espada cuente.

TELLEZ. Sí; nuestra empresa es de aquellas
que un alma heróica prefiere,
pues vencedora ó rendida
iguales lauros tiene.
Ved á Guillen expirando
en los adarves leoneses,
sublime ejemplo; y afrenta
de los mismos que le vencen,
y ved al conde García,
maestro digno de reyes,
que en Uclés halló sepulcro,
y en todo el orbe laudes.
Una mujer hoy nos guía
á la gloria de los héroes.
Respetemos sus quebrantos,
que si no ciñe sus sienes
corona que el mundo estima,
es porque no la pretende;
es porque el trono venera
y el sagrado de las leyes,
que en ser durables vinculan
la magia de su ascendiente. *(Oyese rumor por la parte de afuera.)*

GUZMAN. Calla, aguarda.—Extraño ruido
No oyes?

TELLEZ. Sí.

VILLAM. Cielos!

TELLEZ. *(Encaminándose hácia el fondo).* Que quede
tan de improviso... Salgamos.
Si han sorprendido...

GUZMAN. No: tened!

ESCENA V.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. RODRIGO DIAZ. *Caballeros y soldados que entran detras de Berenguela atropellándose y gritando.*—DICHOS.

VOCES. Viva!

Quién?... (*Al ver á la reina*).
Ah! Con que por fin se apiada....
Pero no es ilusion lo que estoy viendo?
Sois vos, señora.... A vuestras plantas vedme:
(*Se arrodillan á sus pies Tellez, Guzman y Villamayor*).
Ya de dicha y de júbilo enloquezco!

BERENG. Alzad; (*á los tres*) y vos, y vos.
¿De qué ese asombro,
Tellez? Os maravilla mi regreso?
¿Esto no os ofrecí cuando partía....

TELLEZ. Es verdad; mas ha poco ¿un mandadero....

RODRIGO. Artificios del Lara.—Por atajos
vino; le hallamos al salir; el miedo
le arrancó la verdad, y de su Alteza
perdon obtuvo.

TELLEZ. Infame!—Entrad adentro,
reposareis, señoras.

BERENG. Del ambiente
que libre corre aquí, gozar prefiero.

TELLEZ. Pues escaños traerán.

BERENG. (*Mostrando el aljibe*). Este no basta?

TELLEZ. El brocal de un aljibe no es asiento
digno de vos.

BERENG. Qué importa?

TELLEZ. (*A los soldados*). Retiraos
todos vosotros. (*A Rodrigo*) Dime: ¿qué sucesos....

RODRIGO. Horrible es solo el referirlos: juzga
si será mucho mas el padecerlos.
Menosprecios, insultos, amenazas,
prision, de muerte hasta inmediato riesgo,
halló su Alteza en el querido albergue,
precio hoy de una traicion, y suyo un tiempo.
Salvóla el cielo amedrentando el alma
de Gonzalo de Lara, y (¡oh portento
de clemencia y candor!) tantos pesares
devoraba la víctima en silencio,
y solo á los valientes de su escolta
de infamia tal la narracion debemos.
Seguídola el tirano habrá á Palencia,
creyendo adivinar su rumbo cierto;
pero nosotros la encontramos antes,

y en Otella otra vez juntos nos vemos.

TELLEZ. Oh furor inaudito! ¡Oh mengua, mengua
de viles propia, y de cobardes pechos!
Señora, respirad! Excesos tales
llevan en sí la maldicion del cielo.

RODRIGO. No halle paz ese monstruo. Aquí, ahora mismo
la sagrada promesa renovemos
de morir ó vencer!

BERENG. Proyecto vano;
y mas que vano, criminal proyecto!

RODRIGO. Así un heróico corazon desmaya!
Así se enerva el varonil esfuerzo
de quien, terror de la maldad un dia,
con diestra mano regulaba el cetro!
No al privado interés, sino al de todos
y al amor de la patria obedecemos.
De que su bien y el vuestro unidos vayan,
¿quién nos podrá culpar? ¿Quién nuestro anhelo
por criminal condena?

BERENG. Mi conciencia,
severo juez, que con terrible acento
me grita: «No! que de venganza te hablan!
No! que te ofusca su mentido celo!»
¿Para esto me seguís? ¿Para trocarme
del rencor que os abrasa en instrumento?
Quisiéraos enemigos; más quisiera
suspirar en tirano cautiverio;
que en él al menos feneciera honrada,
y entre vosotros hasta mi honra pierdo!

TELLEZ. Sea, pues lo quereis; á vuestra plantas,
á vuestra voluntad sumisos vednos:
astillas morirán las nobles armas;
con los pechos, señora, os cubriremos;
y cuando absortos vuestra hazaña vean
grabada en bronces los futuros tiempos,
(que esta es nuestra ambicion) digan: «Los reyes
mueren así, y así los caballeros!»

BERENG. Tal sacrificio mi amistad no exige.
De la vida y honor sin detrimento,
podeis entrar con el de Lara en paces....

TELLEZ. No, ni en treguas siquiera.

BERENG. Que yo.... os dejo!

GUZMAN. Vos?
BERENG. Y parto á Leon.
GUZMAN. Ah! cuando?
BERENG. Ahora
que la ocasion se brinda á mis intentos.
TELLEZ. Oh madre, madre de Castilla! ¡Vanos
serán para con vos merecimientos,
y súplicas y lágrimas! ¡Tan duro
corazon encerrais en vuestro pecho!
Qué escusas oponeis? No el odio injusto,
ni el olvido siquiera de este pueblo,
ni nuestra ingratitud, ni el ser contados
los que secundan nuestro noble empeño;
que si el reino cruzais, menos los Laras,
no hallareis un contrario en todo el reino.
Vos el mando cedísteis; ni la fuerza
os lo arrancó, ni el desamor del pueblo....
BERENG. Por eso, Tellez, recobrarlo, fuera
usurpacion, delito, vilipendio.
¿Ahogué en su cuna la discordia, y quieren
que nazca hoy mas tremenda de mi seno?
De madre en balde el cariñoso nombre
me diérais.—Sí: lo soy!—Fingir no puedo
mas tiempo, no.... ni reprimir el llanto....
que no es al fin mi corazon de hierro!
RODRIGO. Señora....
BERENG. Hijos, adios! Esto es forzoso.
Sensible á vuestro amor, el sol, el cielo
envidiaré de mi querida patria,
suspirando por ella en mi destierro.
Sed leales al rey, niño inocente
en cuyo rostro mi postrero beso
no he podido imprimir.... ¡Ojalá viva
honrando el solio y restaurando el reino!
Hijos, llevo una pena: (*enternecida*) el no dejaros
memoria alguna de entrañable afecto!
Tan opulenta como fuí, tan pobre,
bien lo sabeis, á la sazon me encuentro.
Si de la parte de mi herencia un dia
restitucion, como presumo, obtengo,
menesterosos hay; ellos la hereden.
—Deuda es de gratitud antes que obsequio.

(*Muestras de afliccion en todos los presentes*).
Qué! Llorais?.... Almas débiles! (*Llorando*).
Yo propia
quisiera ejemplo daros.... No! Mostremos
fortaleza, mostradla!.... (*Breve pausa*).

RODRIGO. Y don Fernando?
Partireis sin saber?....

BERENG. Sí, porque temo
que infausta á todos su tardanza sea.

TELLEZ. (*Con resolucion*).
Pues, señora, guiad, y os seguiremos.
(*Entra un ballestero á dar el siguiente aviso, y desde este momento hasta el fin de la escena, el dialogo adquiere mas animacion, y los interlocutores mas movimiento*).

BALLEST. El real pendon por el camino asoma
con numerosa hueste. (*Vase el ballestero y detrás de él Guzman*).

BERENG. Dios eterno!
Mis reeslos se cumplen! ¡Oh tardía
resolucion!

TELLEZ. Oh goze! Ya el momento
anhelado llegó!

BERENG. Ya es imposible!
Dios proteja mi causa!

TELLEZ. Y nuestro esfuerzo!
Alentad, caballeros!

BERENG. De estos muros
la lobreguez me espanta. Fuera al menos,
donde del sol los fugitivos rayos....

RODRIGO. Señora, aqueso no. Glorioso empeño
os dicta el corazon, mas no es prudente....

BERENG. Prudente ó no, nuestro deber llenemos.

TELLEZ. Sí; no se diga de nosotros nunca
que en murallas fiados....
(*Aparte á Rodrigo*). Ellas lejos
del peligro han de estar). Pronto! A las armas!

BERENG. A las armas decís? Tellez! Qué es esto?

GUZMAN. Ya á la puente cercano, se adelanta
de ligeros peones un buen tercio,
y á su frente don Alvaro.

TELLEZ. Menguado!

La puente alzad! A resistiros! Presto!
Qué tardamos, señora?

BERENG. ¡Audaces! Como!
Con que pensais que resistencia quiero!
Con que al régio pendon... Malos vasallos!
de rodillas aquí le acatarémos!

GUZMAN. No es el rey.

BERENG. Y ¿qué importa, si es su insignia?
¿No merece por dicha igual respeto?

TELLEZ. Un rayo me confunda antes que humille
á ese Lara despótico mi cuello!
Inerme veo que ya (*Arrojando la espada*).
Muerte segura
iré á buscar en su enemigo acero!

BERENG. Por piedad! Si la muerte no os detiene,
muévaos á compasion, muévaos mi ruego!

TELLEZ. Y á vos ¿qué os mueve?

BERENG. Lo dudais?

RODRIGO. Inútil,
inútil razonar. Ya es tarde.—Vedlos!

ESCENA VI.

D. ALVARO. SOLDADOS *que le acompañan.* (*Tellez que recoge su espada, y otros caballeros le salen al encuentro.—Doña Berenguela y doña Leonor con Rodrigo y los demas quedan en el proscenio*). Los mismos.

TELLEZ. Atrás!—¿Do vais, traidor? Este castillo
la huella de un tirano no consiente.

ALVARO. Alzado hubiérais sin temor la puente,
y echado la defensa del rastrillo,
y aun así sus murallas deshiciera!
Paso al conde de Lara!

RODRIGO. (*Adelantándose hácia él*). Afuera!

LOS OTROS. (*Lo mismo*). Afuera!
(*Los caballeros de doña Berenguela quedan formando dos grupos á entrambos lados de don Alvaro, en el uno Tellez, y en el otro Rodrigo. D. Alvaro en medio, y detras sus soldados. Doña Berenguela y Leonor permanecen en el proscenio*).

ALVARO. ¿Con impotentes alharacas, necios,

aterrarme pensais?... Ya de Palencia,
al anuncio no mas de mi presencia
murió la rebelion.—Dejadme os digo,
que la tremenda ejecucion de un crímen
y el poder de la ley vienen conmigo!
(*Vuelven á interponerse los caballeros entre él y doña Berenguela*).

BERENG. Apartad! apartad! (*Se separan*).
(*A don Alvaro*). ¿De qué me acusa
esa ley que invocais?

ALVARO. La voz rehusa
tan infame traicion hacer patente.
—Rendíos á prision, que aunque fugaros
lograsteis una vez....

BERENG. ¿Soy delincuente?
Mi crímen publicad; no hayais reparos.

ALVARO. Disimular sabeis.—Ved ese escrito.
(*Entregándole un papel*).
Qué mas prueba quereis? Qué mas delito?
(*Lo lee doña Berenguela*).
Firmado está por vos. Injusto y fiero
ved si fuí dando muerte al mensagero.
(*A los caballeros*).
Motejad mis rigores de inhumanos,
vosotros que ignorais la trama horrenda....

BERENG. (*Acabando de leer*).
¿De este cargo esperais que me defienda?...
(*Devolviéndole el papel*).
Tan indigno papel mancha las manos!
La invencion por ridícula perdono!
Mas temible os creí.—Solo desprecio
me inspira ya vuestro pueril encono.

ALVARO. Pues si juzgais....

BERENG. (*Con dignidad*). Silencio! ¿El conde ignora
en presencia de quién tanto se ufana?
¿Que soy al cabo de su rey la hermana,
y del augusto solio sucesora?
En esta abnegacion con que me escudo,
de mi interes ó el vuestro ¿á cuál ayudo?
¿No son mis sacrificios aun bastantes?
¿No huyo de un suelo protector y amigo?

ALVARO. No su amistad huís, mas mi castigo;

y en vano lo intentais, en vano, que antes
debeis satisfaccion de este atentado.

BERENG. A quién?

ALVARO. A mí que la justicia ejerzo.

BERENG. ¿A vos que ese papel habeis forjado?

ALVARO. Dicterios apurad; no importa: en breve,
de vuestra faz depuesto el ceño altivo,
probareis, y lo juro por Dios vivo,
si á humillaros don Alvaro se atreve.

(*Váse seguido de los suyos*).

ESCENA VII.

DOÑA BERENGUELA. DOÑA LEONOR. TELLEZ. RODRIGO, etc.

BERENG. Oh! No hay paciencia que baste
contra encono tan feroz.
¡Un papel donde veneno
al rey mando dar!

TELLEZ. Quién? Vos?

BERENG. Que á tanto su infamia llegue!
Si, aun delirando, creyó
mi alma capaz....

LEONOR. ¿Eso dice
el papel?

BERENG. Sí.

RODRIGO. Tan atroz
hombre jamas ha existido.
Mentira la relacion
reputarán nuestros hijos
de lo que aquí vemos hoy.
Villano! Ya manifiestos
de mas sus designios son,
y ya el empeño mas árduo,
y vuestro riesgo mayor.
Por vuestra renuncia viene;
y si supiera que vos
en ánimo estais de hacerla,
ni inventar lo que inventó
menester le hubiera sido,
ni intimaros la prision.
¡Que siempre injusta la suerte

patrocine así al traidor!

BERENG. Rodrigo, mal conocido
aun teneis mi corazon;
mal estimais su firmeza,
que no se ablanda á la voz
de intereses codiciosos,
sino á la ley del honor.
Que altiva me juzguen unos,
ú otros frenética, yo,
para ser lo que estos quieren
belicoso campëon,
ó vil juguete de aquellos,
la muerte quiero mejor.
De mi voluntad renuncio
á todo; por fuerza, no;
mas don Alvaro esto ignora:
dejadle con su ilusion.

RODRIGO. Pondranos formal asedio.

TELLEZ. Por mí propio á observar voy
sus fuerzas. (*Vase haciendo una seña de inteligencia á Rodrigo.*)

BERENG. Tarde ó temprano,
él quedará vencedor,
yo en sus manos; muerte acaso
daráme, si su aversion
llega á tanto ó su despecho.

RODRIGO. Nunca, señora. Eso no.
¿Se atreverá?

BERENG. Alegre muero
si mi vida el esplendor
mantener puede del trono,
de Castilla único sol;
que mientras esta no adquiera
vida propia, y mas vigor
este pueblo generoso,
su puerto de salvacion
será el soberano alcázar.
—¿No juzgais lo propio vos?

RODRIGO. No, que mis juicios se pierden
en un mar de confusion.
Miro á la patria, y no veo
sino peligros y horror,

venganza, sangre y estragos,
reliquias de la ambicion.
Miro al pueblo esclavizado;
junto al trono á un opresor,
y quizás el trono mismo,
objeto de galardon,
(atended bien!) ocupado
por quien vasallo nació.

BERENG. Callad; callad... ¡Qué sospechas
infundís en mí!... Veloz
discurre la fantasía,
y entre delirios... Mas no;
—imposible! Si eso fuera,
el temor, la turbacion...
Ah! tierra no encontraria
donde ocultarse... Y ¿yo, yo
obrar resuelta pretendo?
Mi misma resolucion
diera alas tal vez... Dios mio!
A cada paso que doy
se acrecientan mis zozobras,
se aumenta mi indecision.

RODRIGO. Pues ¿qué dilatais mas tiempo
el defender vuestro honor?
Ofreced perdon y olvido,
y vereis que ni un peon
fiel al conde se mantiene.
En seguida vuestra voz
dirigís al reino todo
pidiendo la reunion
de las Cortes, que decidan
entre don Alvaro y vos,
y....

BERENG. Basta, Rodrigo, basta.

RODRIGO. Señora....

BERENG. Muy seductor
es el afecto de un pueblo,
muy mal llevo la agresion
del conde, mucho es mi agravio...

RODRIGO. Sí: tiempo es ya...

(*Suenan dos ó tres golpes dados con violencia*).

BERENG. ¿Qué sonó?

Ois? ¿Qué estrépito....

LEONOR. Mazas
paracen....

RODRIGO. No hayais temor:
Tellez será, que mandado
habrá cerrar el porton.

LEONOR. (*Mirando afuera*). Tellez es el que descubro.

TELLEZ. (*Que sale fatigoso y alterado*).
No es mal principio por Dios!

BERENG. Qué traeis? Todo alterado....

TELLEZ. De gozo, sí.

BERENG. Y de sudor
cubierto.... (*Mirándole á una mano*).
Y sangre!... ¡Infelice!

TELLEZ. Un ligero tropezon;
pero al fin van encentados.

RODRIGO. Cómo?

TELLEZ. Sus hombres dejó
á la puerta ese orgulloso,
(y eran mozos de valor):
cargué con varios piqueros;
cayeron á tierra dos,
y ya está la puente alzada,
y asegurado el porton.

BERENG. Qué hicísteis? Luego ya sangre
por mi causa se vertió,
y casi en presencia mia!
Y al conde llamais feroz!
Y extrañareis que abrasado
su pecho en ciego furor,
á vengar vuele el ultraje,
esta vez ya con razon!

TELLEZ. Pues si él con razon se venga,
¡cuánta mas no teneis vos
en rechazar con la fuerza
lo que la fuerza intentó!
(*Sale un ballestero apresuradamente*).

BALLEST. Señora, avisa el vijía
situado en el torreon
que una balista asestada
tiene puesta el sitiador,
y que el cerco es rigoroso.